

Croquis de paisajes en las Provincias Vasca de España

por

Henry Wilkinson ⁽¹⁾



PROLOGO (2)

Las magistrales obras de Roberts y Vivian han proporcionado a nuestros salones y estudios las más amplias ilustraciones del sur de. España. De éstas verdaderamente magníficas producciones, hemos colocado ante nosotros admirables representaciones gráficas de los ricos restos de arquitectura Morisca (3). Cada dibujo está imbuído del verdadero espíritu de poesía y romance y despliega evidencias de los refinados gustos y brillante imaginación del pueblo extraordinario con cuyo nombre e historia se hallan identificados. Como modelos del arte y perfección que la litografía ha alcanzado en este país, están sobre todo elogio; pero para nosotros se hallan

(1) «Croquis de Paisajes en las Provincias Vasca de España, con una selección de música nacional arreglada para piano y guitarra. Ilustrado por notas y reminiscencias relacionadas con la guerra en Vizcaya y Castilla. Por Enrique Wilkinson, miembro del Real Colegio de Cirujanos, y últimamente cirujano del Estado Mayor en la Legión Británica. Londres. Publicado por Ackermann y Cia. 96, Strand. 1838». (N. del T.).

(2) El magnífico álbum que contiene el texto inglés que hoy traducimos, es difícil de ser adquirido. Gracias a la bondad de don Julio de Urquijo, lo tenemos a nuestra disposición para darlo a conocer en la «Revista Internacional de Estudios Vascos». Sabemos también que posee otro ejemplar el Sr. Aguirre, Director del Museo Municipal de San Sebastián. (N. del T.).

(3) Empleamos ciertas mayúsculas siguiendo al texto original (N. del T.).

desprovistos de mayor interés, salvo el que se deriva de escenas representativas relacionadas con la historia de España en los pasados días de su poder y gloria.

Diferente es al respecto el terreno sobre el cual ha tenido el autor la gran fortuna de errar y de representar en esta obra; terreno inmortalizado por algunos de los más brillantes triunfos llevados a cabo por el valor Británico. Testigos, la ancha planicie extendida de Vitoria, la brecha de San Sebastián, las alturas rocosas de San Marcial y los bancos del Bidasoa. Solemnes pensamientos surgirán en los corazones de muchos seres humanos al leer estos nombres de alma agitada. ¿No sacudirán los corazones de aquellos que lucharon y los conquistaron? ¿No traerán con el luto de muchos años la memoria de los bravos que cayeron sobre esos campos severamente disputados, y cuyos huesos han fertilizado la tierra o fueron esparcidos por los vientos del cielo?

Recientes acontecimientos revistieron a estas localidades de nuevo interés activo. Una desgraciada guerra civil se desató durante varios años, distinguida por los numerosos actos de barbarie y atrocidad efectuados por ambos bandos y que aparentemente iban a continuar por tiempo indefinido. Por la política del gobierno existente en este país, cuya pureza no vamos a discutir aquí, varios miles de nuestros compatriotas han combatido de nuevo sobre el mismo terreno en que el ejército Británico probó tan amenudo su fiera superioridad. En esta fuerza el autor tuvo el honor de ocupar una situación de la mayor importancia y responsabilidad, y consiguió muchas oportunidades para trazar diseños exactos de ciudades y lugares que se hicieron interesantes por los acontecimientos relacionados con ellos. El resultado de esta labor se ofrece ahora al público.

El Autor no puede abstenerse de expresar público reconocimiento a su antiguo amigo John Harper, Esq. de York, —uno de los aficionados más capaces que tuvo la fortuna de encontrar—, por su valiosa cooperación al llevar a cabo la mayor parte de los dibujos frente a los croquis relativamente ligeros del autor. También aprovecha la oportunidad para agradecer a Mr. P. Noble su diseño de los Llanos de Vitoria, y a Mr. L. Hassel el de las tumbas de los Oficiales de la Legión Británica (3). Los dibujos han sido ejecutados sobre piedra por el lápiz prestigioso de Boys, e impresos por Hullmandel, nombres que al punto evidencian el estilo a que pueden aspirar las impresiones.

La parte pictórica de esta obra (4) añade al encanto de la novedad el importante anhelo de llenar el vacío que queda en el escenario español. A propósito, el Autor aprovecha la ocasión para asentar que su inteligente amigo Mr. Sydney Crocker está a punto de completar, y espera que próximo a publicar, una obra acerca de las Provincias del Norte. Los felices croquis de Lewis nos han familiarizado con los trajes y las peculiaridades físicas del pueblo del Sur, y con él podemos vagar imaginativamente a través los majestuosos vestíbulos de la Alhambra, poblada por descendientes de la sangre Morisca; solo faltaban estos dibujos a punto de ser legados por Mr. Crocker acerca de los bravos habitantes y de las excitantes escenas de las montañas Vascas, para formar el círculo completo de ilustraciones.

El Autor espera que los bosquejos contenidos en este libro serán una feliz adición en las bibliotecas de oficiales que han servido en España, ora pertenecientes al ejército del Duque de Wellington o a la actual fuerza estacionada sobre la costa de Cantabria bajo el mando de Lord John Hay, ora a la reciente expedición confiada a la guía de Sir George De Lacy Evans.

La música contenida en el presente tomo comprende muestras de la mayoría de las melodías nacionales de España, como se desarrollan en *Hotas*, *Fandangos* y *Boleros* (5); pero el Autor confía en que contribuirá como gran novedad con varios (5) *Zorcicos* o aires de peculiar carácter y acentuación, confinados exclusivamente en las provincias' de Alava y Guipúzcoa (6). Teme que estas hermosísimas melodías pierdan considerablemente con la adaptación Inglesa. El idioma al cual han ido hasta ahora unidas es el Vasco o Bascuence (6) (3), dialecto (7) totalmente distinto del Castellano puro, como la lengua de Gales respecto al Inglés. Escuchados en ese país rústico, en medio de las sublimes obras de Natura y brotando sin arte de entre bandas de muchachos, estos aires poseían un en-

(4) Las láminas a que el autor se refiere en este prefacio, se hallan publicadas por el presente álbum en dimensiones de 0,20 x 0,16, y llevan por títulos: 1 Rentería; 2, Llanos de Vitoria; 3, Alza, Rentería y Lezo; 4, Pasajes; 5, Puerto de Pasajes; 6, Fuerte carlista «El Parque» con Fuenterrabía y la embocadura del Bidasoa; 7, Irún con el puente y aldea de Beobía; 8, Fuenterrabía; 9, Fuenterrabía; 10, Hernani; 11, San Sebastián; 12, Cementerio, San Sebastián. Excusamos comentar dichas estampas, que se hallan por encima de todo elogio (N. del T.).

(5) Literal y en bastardilla (N. del T.).

(6) Literal (N. del T.).

(7) ?? (N. del T.).

canto indescriptible y producían un efecto imposible de alcanzar por imitación en una sala Inglesa. No obstante, el Autor predica su popularidad a todos los buenos músicos. Como melodías, tienen muchas particularidades y pueden compararse lo mismo en belleza que en originalidad a las de cualquier país. Todos estos *Zorcicos* han sido armonizados por Mr. Webster de Glasgow, a quien el Autor rinde su mejor agradecimiento (8).

Se verá por las anteriores observaciones que esta obra depende casi enteramente de los dibujos y de la música. Tratándose de un relato de aventuras y observaciones personales del Autor, se hallará que el texto es inevitablemente presuntuoso; el único deseo ha sido proveerlo lo más ajustado posible para que sirva como complemento a los dibujos; y si se juzgara que posee el más leve interés, consideraría ampliamente pagada su molestia. Nunca entró en su plan dar una reseña histórica de la carrera de la Legión Auxiliar Británica, careciendo del conocimiento e inclinación necesarios para tal empresa.

LAS PROVINCIAS VASCAS

LA MARCHA

Memorias agradables van asociadas a la hermosa ciudad de Bilbao, recuerdos de sus hospitalarios, francos y generosos habitantes, de sus amables hijas de ojos negros y de su circundante paisaje de encanto. Imagínense, pues, cuán desagradable sería el mandato que nos obligó a dejar tanta atracción para entrar en las fatigas de nuestra primera larga y severa marcha.

El movimiento de la Legión sobre Portugalette (6) produjo varias ocurrencias divertidas y nos proporcionó un anticipo de las dificultades que hallaríamos en una marcha con reclutas jóvenes

(8) Las páginas musicales publicadas por Wilkinson al final el año 1838, constan de las siguientes composiciones: 1, Fandango, Hota y Cachuca; 2, Marcha Fúnebre; 3, Marcha Triunfal por Pedro Albeniz; 4, Zorcico; 5, La Manolla; 6, Valze; 7, Vals de la Amnistía; 8, Zorcico; 9, Vals Brillante; 10, Zorcico; 11, Riego's Hymn; 12, National Hymn of Navarre; 13, El Chayro; 14, Bolero; 15, El por Pedro Albeniz; 4, Zorcico; 5, La Manolla; 6, Valze; 7, Vals de la Besuguito; 16, Zorcico; 17, Zorcico por S. Azpiazu.

No hacemos sino enumerar esta aportación musical, ya que el Director de la «Revista Internacional de Estudios Vascos» nos advierte que se rogará al R. P. Donosti que tenga la amabilidad de estudiar los referidos aires por si conceptuara que alguno de ellos merece ser reproducido como contribución al folklore (N. del T.)

e inexpertos. Durante las tres o cuatro millas primeras, nuestro camino se extendía por la margen de la hermosa ría Nervión sobre hermosa carretera alzada unos diez pies sobre el nivel del agua. La inexperiencia de los sirvientes de los oficiales al empaquetar el equipaje sobre las mulas, se puso de pronto en evidencia por la caída de por lo menos la mitad en las dos primeras millas. Uno de los animales consiguió desembarazarse de los portamantas caídos y galopó hacia la retaguardia del ejército desorganizando a los hombres a derecha e izquierda. Un desgraciado muchacho fué arrojado de cabeza al río en medio de las carcajadas de los presentes.

Pasaré rápidamente sobre el avance de los primeros días; en los siguientes marchamos sobre un camino execrable y llegamos a la pintoresca villa de Castro. La marcha de ese día fué verdaderamente dura, y un gran número de hombres se hallaron incapacitados para seguir al ejército. Fueron enviados por mar a la enfermería instalada en Santander. Hubo gran dificultad en obtener alojamiento en Castro y, como consecuencia, se produjeron divertidas escenas. El Cirujano-Asistente Jenner, del 6.º, me contó un incidente característico. Se hallaba establecido con un oficial en excelente alojamiento que contenía dos deliciosas camas limpias. No hacía mucho que lo poseían cuando un confortable y al parecer hombre rico, con poco más de edad media, entró en la casa y reclamó posesión. El resultado fué un vivo altercado, pero el asunto fué definido por Jenner dando amablemente una cama al recién venido. Las provisiones eran escasas para el cirujano-asistente y su amigo, así es que imagínese su contento cuando vieron que traían al cuarto una gran cantina con abundancia de cosas buenas, tales como té, café, azúcar, conservas y cherry-brandy. Su alegría aumentó al colmo en cuanto aparecieron un gran jamón de Yorkshire y cierto número de huevos. La reunión obtuvo una cena excelente y, como el vino calentó el corazón del viejo Comisario, empezó a discantar acerca de las molestias que había afrontado durante nuestra marcha. Había perdido casi todo su equipaje y sido amenazado de muerte por algunos disparos hechos a nuestra fuerza al cruzar un extenso bosque. Se figuró que nuestros avances iban a ser muy parecidos a aquellos de los destacamentos que se movían de ciudad a ciudad en Inglaterra sobre buenas rutas y con la ventaja de los vagones de equipajes. Una vez, respecto al hogar, por una transición bastante natural, describió en brillantes términos las comodidades que dejó a la zaga en su casa de Norwood. «—¡Qué loco fuí al venir

aquí, donde no hay criatura viviente a quien le importe por mí! ¡Qué diferencia de lo que me estimaban en casa! Mi mujer e hijas me miraban como a un ser superior. Todo deseo que formara se adelantaba. Saltaba al ómnibus por la mañana, llegaba a la ciudad, despachaba mis pequeños negocios y hacia las cuatro y media me hallaba sentado en mi propia puerta. ¡Oh, qué viejo loco fuí al dejar mi pequeño chalet de Norwood para venir a guerrear a España!». ¡Pobre muchacho!, nunca más vió su amado hogar; cayó víctima de la desoladora peste que hizo estragos en Vitoria.

Dos días después llegamos a Olympia (7) donde paramos un día. Recuerdo el exquisito goce de ese breve período de descanso; cómo nos calentamos al sol y chapoteamos en el fresco río. Habiendo reclutado vigor y espíritu, reanudamos la marcha sobre el camino real de Burgos. ¡Cuán preferible era a las ásperas montañas y frágos pasos que habíamos estado cruzando en las últimas jornadas! Después de larga y fatigosa caminata de unas treinta millas, continuada durante cierta distancia en la oscuridad, alcanzamos un extenso robledal en el que debíamos vivaquear. Se hicieron inmediatamente preparativos para proveer fuegos de vivac. Se obtuvieron hachas, que se manejaron vigorosamente, y pronto la floresta resonaba con su ruído y el frecuente crujido de las pesadas ramas. Algunos muchachos se ocuparon de recoger las hojas caídas y en arrancar delicado musgo para formar su cama. Los caballos quedaron asegurados junto al punto en que mis compañeros oficiales eligieron para su reposo. Se tomaron las precauciones acostumbradas para la seguridad del ejército, fijándose una hilera de estacas y siendo apiladas en forma de pabellones las armas, y pronto las bayonetas relucían con la luz reflejada de mil fuegos. La escena era nueva y altamente pintoresca.

La reunión a la que me hallaba agregado, consistía de ocho oficiales. Por nuestros esfuerzos unidos obtuvimos de prisa una inmensa hoguera con provisión de combustible para las largas horas de la noche; y congregándonos en torno de su amable llama, mantuvimos profunda consulta acerca de nuestros preparativos para la comida. Se enviaron criados a una aldea vecina para adquirir vino, aves, pan o lo que pudiera hallarse; otros formaron partidas exploradoras en busca de agua, de cuyo líquido indispensable parecía haber escasez. Nuestros mensajeros estuvieron ausentes cerca de una hora y, a nuestro gran bochorno, regresaron tan ligeramente cargados como fueron. La desgracia enfrió nuestros espíritus. En

el entretiem po, los zapadores habían degollado algunos novillos. En cuanto la operación de desollar se hubo llevado a buen fin, se sirvió una pequeña ración, mientras la carne humeaba y materialmente se estremecía con las últimas agonías de la muerte. Los hombres famélicos cogieron su parte con avidez y a los pocos minutos se les vió introduciendo su escasa ración en el fuego sobre, la punta de las bayonetas. Esta mala carne, una galleta dura y media pinta (9) de un líquido más como vinagre que como vino, constituyeron la miserable concesión hecha tanto a oficiales como a soldados. Muchos se echaron en el suelo tratando de olvidar su molestia con el sueño. Tres o cuatro de mi grupo se ocuparon de preparar nuestro no envidiable ágape, y a las dos horas fuimos recompensados con una sopa tolerable. Después de reponer la enorme fogata, nos echamos a su alrededor y varias indicaciones nasales evidenciaron que una fatiga 'extrema había producido sobre la partida su efecto habitual. Había algo en la novedad de la escena y de la situación que por mi temperamento altamente impresionable me hacía el sueño imposible. El perfecto silencio que reinaba en torno, interrumpido tan solo por el desafío musical del centinela, el casual relincho del brioso cargador y el silbido de la llama escrutadora al penetrar por las fibras de la madera verde, disponían la mente a solemne reflexión. Continué hasta mucho después de media noche mirando el espectáculo circundante, mi cabeza reposando sobre la nudosa y desplegada raíz de un roble gigantesco, mis pies hacia el fuego y bien arropado en capa y manta. El hermoso y sereno cielo estaba casi oscurecido por el espeso dosel del bosque sombrío; pero, aquí y allá podían ser vistas las brillantes estrellas y el profundo firmamento azul a través alguna abertura del follaje.

Al ponerse en formación el regimiento al día siguiente para reanudar la marcha, fuí requerido para visitar a una joven, y con gran decepción noté que pronto iba a convertirse en madre. A esas señoras que se han visto a lo largo de la vida rodeadas de todas las comodidades, pudiera parecer increíble que esa pobre mujer hubiera el día anterior llevado a cabo una marcha de cerca de treinta millas, y ello con el mayor agrado y facilidad aparente. Naturalmente, como médico del regimiento, me había impuesto de su condición, pero no sospeché que su confinamiento tuviera lugar tan pronto. ¿Qué debía hacerse? El ejército no retrasaría la salida por su causa y no

(9) Medida de líquidos (N. del T.).

podía movérsela sin incurrir en el más serio peligro. Ví al Coronel Tupper y le presenté el caso. Obtuve una orden para una guardia de treinta hombres y elegí a Mr. Jenner para que se quedara con la paciente. No creo que Jenner se hallaba muy contento con su obligación. Era desagradable pensar en los probables peligros a que podían estar expuestos en la retaguardia de un ejercito que fuera atacado y cortado por una fuerza superior. Si hubiéramos estado en cualquiera de las provincias Vizcaínas (3), hubiéramos cambiado de procedimiento; pero afortunadamente para la paciente, los habitantes del país eran amigos del Gobierno existente.

Emprendimos la jornada entrando en un país de carácter muy singular. Aunque aparentemente bien cultivado, ofrecía un aspecto desolado aquel paisaje de triste descripción. Nos detuvimos para la noche en un villorio miserable de siete u ocho casas con una pequeña iglesia, en la cual fijaron sus cuarteles unos trescientos hombres. Como el altar estaba cubierto con esteras, fué cedido a la gente casada. Hice frecuentes visitas a una eminencia que dominaba gran vista del llano, con el objeto de ver si Jenner y su partida estaban a la vista. Llegaron poco antes del oscurecer, hallándose mi amigo muy cansado, aunque su cara jovial relucía con sonrisa de aprobación al decirnos que su paciente había tenido una linda niña. Poco después me ví emplazado a visitar a esa pobre criatura, y la encontré sorprendentemente fuerte y bien, llena de gratitud hacia la Providencia que la había sostenido a través su primer ensayo bajo tan formidables dificultades y peligros. No tenía más de diez y siete años y se había distinguido siempre por la corrección de su conducta y por el afecto que evidenciaba hacia su marido. Mostraba una expresión de piedad en el semblante y una elocuente simplicidad en las efusiones de su agradecido corazón, lo cual me interesaba profundamente en su favor. Afortunadamente para ella. el día siguiente fué consagrado al descanso. Mr. Jenner se alojó casualmente en casa del cura, y, al intimar a su reverendo patrón el deseo de que cristianara a la criatura, recibió un alegre consentimiento. El dignatario de la teja creyó que iba a admitir a un buen Católico en la madre-iglesia, pero se equivocaba, porque los padres eran presbiterianos y no gustaron mucho de la proposición. Se consolaron, no obstante, con la idea de que el paso que iban a dar era de carácter temporal. El sacerdote se dirigió a la iglesia acompañado de varios aldeanos conduciendo largos cirios, un frasco de óleo santo y otros requisitos para la ceremonia. En el altar fué reci-

bido por los padres, Mr. Jenner (que sería el padrino) y un gran número de hombres. El bautismo se realizó con arreglo a los ritos de la Iglesia Católica Romana, y la criatura fué denominada «Donna Isabella Modena del Pomar Berry» (6). Era interesantísimo mirar al grupo que llenaba el interior de aquel pequeño templo: la notable figura del anciano que oficiaba; la cara pálida de la joven madre; el grupo bravío de salvaje tropa suavizada en el respeto y admirable atención, mientras se escuchaba la voz llorona de la niña mezclada con los tonos varoniles del clérigo. Era un asunto digno del lápiz privilegiado de M'Clise.

Reanudamos nuestra marcha. En una hora estuvimos en las orillas del Ebro, ese famoso río que ha sido tan a menudo y que parece destinado a ser por mucho tiempo escena de conflictos sangüinarios. Aún ahora que escribo, poderosos ejércitos permanecen enfrente sobre sus orillas, poniéndose en juego todos los recursos de la pericia militar: en el bando de los Carlistas, para poder cruzar sus límites y llevar la guerra a las suaves provincias del sur; en el lado Cristino, para prevenir y frustrar aquella estrategia. Pero el amable río espuma inconsciente a lo largo y a través el más silvestre y variado escenario, ora presentando profunda, amenazadora e indolente laguna, ora rastrilleando sobre amarilla y cascajosa arena, precipitándose por estrecho pasaje rocoso o dividiéndose en numerosos arroyos, formando pequeñas islas cubiertas de ramaje sobre las cuales la vista y la imaginación se deleitaban hasta languidecer. El ansioso y hambriento soldado veía en el fondo oscuro bancos de pescado grande que no podía obtener. El día era espléndido para efectos pictóricos. El rico colorido del país que cruzábamos estaba alumbrado vivamente, y a medida que lo iba contemplando insistía yo en no recordar haber admirado un río más encantador que el Ebro. El camino real que recorríamos era de buena anchura y estaba en admirable condición, demostrando la energía con la cual el Gobierno ha administrado últimamente esa provincia. El río estaba cubierto a ciertas distancias por puentes de gran tamaño y de belleza arquitectónica. La caminata de aquel día fué corta y nos hallamos a su final en excelentes cuarteles. Por la mañana llegamos al célebre paso de Oña. Es de singular fuerza y belleza. Rocas escarpadas se alzan a ambos lados del camino a una altura de unos mil pies, cubiertas en muchos sitios de vegetación vagabunda hasta la cima. Ruge un arroyo a través el rocoso desfiladero, a veces zambullendo sus aguas bajo la base de algún fragmento macizo de peña para

brotar nuevamente a la luz del sol como alegre al escaparse de su confinamiento. Después de contornear durante algún tiempo por este desfiladero sombrío, nos pusimos a la vista de la pintoresca pequeña villa de Oña. Contiene uno de los más magníficos conventos de España; pero al tiempo de nuestra llegada se había recibido ya la orden de abandono para sus ocupantes, y la mayor parte de los monjes se habían retirado de sus magníficos aposentos y bien repletas despensas. Solamente quedaron el superior y unos pocos ancianos de venerable aspecto. El tamaño de este convento puede ser imaginado cuando yo diga que el total de nuestro pequeño ejército de 8.000 hombres halló protección bajo su enorme tejado. Las largas líneas de corredores y las numerosas habitaciones se llenaron con la tropa dormida. La villa de Oña es a la vez miserable y sucia. Colocada en el centro de un lindo y fértil valle, se hubiera podido sospechar que se hallara llena de gente en posesión de toda clase de cosas buenas. En la vecindad de un convento tan rico, ¿a qué debe atribuirse su extrema pobreza y miseria? Uno o dos Españoles inteligentes que encontré, atribuíanlo descaradamente a su verdadera causa: el largo curso de tiranía y extorsión a que estuvo sujeta por sus devotos vecinos (7).

En otra jornada alcanzamos Brebiesca (6), villa sin ningún interés. Permanecimos en ella varias semanas y nos vimos contentos al recibir orden de ponernos en camino hacia Vitoria. Durante largo tiempo las esperanzas de todo el ejército se dirigían a esa plaza famosa. Allí pensábamos hallar todas las comodidades y diversiones que el más ardiente observador pudiera desear o idear; pero estábamos sentenciados a sufrir amarga decepción, y cientos de aquellos cuyos corazones batían entonces de esperanza, serían pocos meses después condenados a tumba prematura.

LOS LLANOS DE VITTORIA (6)

El dibujo de los Llanos y Ciudad de Vittoria fué tomado desde el Castillo de Guevaria (6) (3) durante la acción de Arlabán el 16 de Enero de 1836. La gran batalla de Vitoria, la más completa victoria de los tiempos modernos, se libró en el terreno representado detrás y a la derecha de la villa (4). La abertura en las montañas indica la entrada del hermoso paso de La Puebla y se ven débilmente a distancia los fragosos y dentellados lomos de las alturas de Pancorbo. Vitoria está situada casi en el centro de una inmensa

llanura rodeada por un anfiteatro de montes de la más exquisita belleza. Un número considerable de aldeas la rodean por todos lados a cortas distancias de tres o cuatro millas una de otra, contando cada villorrio, según costumbre de los más insignificantes burgos de España, una ancha y espléndida iglesia. En tiempo de nuestra llegada, los aldeanos se hallaban en estado de extrema privación y pobreza. Entremos en la miserable aunque fuerte casa de un aldeano; la cocina, o mejor calabozo, en la cual su familia vive, es digna de descripción. El mobiliario consiste de unos pocos taburetes a tres patas y una mesa endeble. El hogar está en el suelo, en el centro del cuarto. Hay una salida para el humo en lo alto del tejado, que generalmente es de forma cónica; si el día es ventoso, el humo no puede salir y resulta casi imposible permanecer en la casa. En lugares como este que he descrito estaban alojados la mayoría de nuestros oficiales; pero en lo profundo de un invierno severo, preferían descarse al humo en estos agujeros execrables, asociados a muleteros y criados, que morir helados en su propia habitación. Aquí, figúrense dos o tres oficiales sentados en banquillos, aventando la madera húmeda hacia una llama miserable o vigilando la preparación de su comida exigua, apenas visibles el uno del otro a través las columnas espesas y arremolinadas de humo. No obstante, sus corazones estaban alegres y libres de cuidado, y su conversación era generalmente sobre las próximas campañas. Brillantes cruces y aduladoras distinciones bailaban ante sus ojos, sin pensar en los peligros que les rodeaban, desde el tiro mortífero y el acero asesino hasta los largos meses de sufrimiento por la torturadora y lúgubre herida. Eran, felices en su ignorancia, y era bella pero transitoria la animación que llenaba sus corazones jóvenes de esperanza y confianza. Algo más avanzado en años y muchísimo más en experiencia del mundo, observé sus ardientes semblantes y hermosas y masculinas formas para suspirar pensando en cuántos de sus huesos se verían pronto blanquear sobre los montes o en la verde soledad de bosques y planicies. He pensado en el dolor de sus hogares desolados, de los corazones que por su pérdida quedarían desnudos y sin solaz; pero la sonrisa y la chanza estaban en mis labios, y no empañé su gloria imaginativa contándoles las oscuras realidades que les esperaban.

No es mi intención hablar de la fiebre que se desató como angel destructor sobre el ejército, ni de los horribles sufrimientos de sus víctimas y sobrevivientes, ni de los miembros pudriéndose trozo

por trozo. La peste y su efecto mortífero han sido descritos por plumas más capaces que la mía. Prefiero volver al relato de algunos incidentes que marcaron la carrera posterior del 2.º de Lanceros. El 2.º Real Lanceros Irlandeses, bajo el mando del Coronel Jacks, era un espléndido cuerpo de hombres. En la Legión que marchaba de Vitoria a Santander fueron agregados al gran ejército bajo Córdova (6). Oímos poco acerca de este regimiento durante mucho tiempo, salvo que se había distinguido en toda ocasión favorable. Creo que fué en Junio de 1837 cuando dos o tres de sus hombres fueron sorprendidos y presos en los alrededores de Vittoria. Fueron condenados a muerte con la mayor sangre fría y en circunstancias de atroz y revoltante crueldad. Al saberse su desgraciado destino, los camaradas sobrevivientes juraron tomar amplia venganza a la primera oportunidad que se ofreciera. La hora de la retribución estaba más cerca de lo que se imaginaban, y se vengaron lo más terriblemente y sin piedad. El 18 de Junio del mismo año, los oficiales y toda la tropa montada, hasta el número de sesenta y cinco hombres, regresaron de Vittoria para acompañar a Martín Zurbano en una expedición a la vecindad de Alegría. Fueron interceptados por una fuerza Carlista superior. Un fuerte cuerpo enemigo se hallaba apostado en terreno ventajoso, separado de la línea de retirada de Zurbano por un arroyo importante. El jefe Carlista se había imaginado que el curso de agua resultaría una barrera infranqueable para la caballería Inglesa. Se equivocó. El riachuelo fué cruzado a dos tiros de cañón de la posición, y los Irlandeses se dirigieron a galope sobre el enemigo. Si la fuerza opositora hubiera poseído una sombra de disciplina, todos los Lanceros podían haber sido hechos pedazos. La infantería Carlista, unos 1200 ó 1400 hombres, estaban apostados en línea tras un cerco rústico, apoyada por dos escuadrones de caballería. A su flanco izquierdo tenían un hermoso bosque, adaptado favorablemente para apostar guerrillas, pero que no fué aprovechado. En cuanto este pequeño cuerpo de intrépidos cabalgadores se acercaron a la posición, el enemigo abrió el fuego a lo largo de toda la línea, —aturdida y mal dirigida descarga, y antes que el humo se hubiera disipado, se oyó penetrante y preciso sobre el rugido de la mosquetería el salvaje alarido de los Irlandeses, que pasaron a través la línea como un torbellino. El enemigo fué roto irremediablemente, siendo derrotada una pequeña caballería que quedaba, y el resto relegado a salvarse en vergonzosa huída. Ciento ochenta hombres cayeron en diez minutos desde la primera

embestida. Si el terreno hubiera sido desfavorable para la retirada de los desordenados fugitivos, ni uno hubiera escapado para contar la hazaña. Los Lanceros volvieron a entrar triunfalmente en Vitoria, cada hombre con dos o tres gorras Carlistas en las puntas de sus lanzas (10).

ALZA, RENTERIA Y LEZO

Este dibujo representa un paisaje de sorprendente belleza e inmensa extensión (4). La iglesia y aldea de Alza aparecen en el extremo de la derecha. Este lugar del terreno ha sido la arena (6) de muchas luchas severas y sangrientas. Su situación sobre una colina que domina completamente la campiña circundante, hacía de ella un puesto de la mayor importancia para los ejércitos contendientes. Fué tomado por los Cristinos el 28 de Mayo y durante muchos meses formó el flanco izquierdo de la posición del General Evans. El 6 de Junio el enemigo hizo un decidido ataque sobre la posición, consiguiendo casi apoderarse de ella. El terreno montuoso representado descendiendo de Alza hacia el margen de la bahía y cubierto de casas y huertos excelentes, se hallaba entonces ocupado por el 4.º Regimiento. Al romper el día pasó el enemigo un brazo de la bahía por un molino que había permanecido abandonado y, atacando y sorprendiendo al desgraciado 4.º, le hizo perder unos setenta hombres en pocos minutos. A no ser por una brillante y feliz carga a la bayoneta llevada a cabo por el 8.º Escocés, aquél hubiera sido roto en pedazos o arrojado a la bahía. Poco más o menos hacia el mismo tiempo fué atacado el enemigo en frente, de Alza y forzado a retirarse. Fué perseguido en todos los sitios con gran matanza hasta el pie de la posición rocosa de San Geronomio (6). En esta dura pelea cuerpo a cuerpo, uno de nuestros hombres se escapó milagrosamente. Iba avanzando con su compañía contra una parte del enemigo cuando una bala de fusil le pegó en el pecho, produciéndole una herida muscular de importancia. Cayó. Poco después su compañía se retiró y los perseguidores Chapelchuries (6) cayeron sobre su cuerpo postrado desnudándole al instante y golpeándole tres veces sobre la cabeza con las culatas de sus fusiles, en medio de una lluvia de juramentos

(10) El autor se extiende durante una página en relatar algunos antecedentes del regimiento en cuestión cuando se hallaba anteriormente en Inglaterra (N. del T.).

Vascos. Cada golpe causó una herida separada en la piel del cráneo, del tamaño y forma de una herradura de caballo. No perdió conocimiento y tuvo la asombrosa presencia de ánimo para permanecer quieto, como muerto, bajo la tortura. Le creyeron difunto, sin duda, puesto que pasaron, sobre su cuerpo siguiendo a sus compañeros de retirada. Aunque padeciendo mucho y con gran pérdida de sangre por sus heridas, permaneció completamente inmóvil hasta que la feliz carga del 8.º le salvó de su crítica situación. Tan pronto como oyó sus voces, se levantó desnudo como un niño recién nacido, y chorreando sangre de su cabeza y pecho caminó a la Bahía y consiguió cruzarla al otro lado. Allí obtuvo una manta y fué conducido a San Sebastián, donde, a su llegada al hospital, fué confiado a mi cuidado. En el curso de tres meses estaba completamente bien; salvo algunos dolores de cabeza. Vino a ser un sirviente de mi amigo el Médico Watson, del Estado Mayor.

Alza fué otra vez atacada el 1.º de Octubre, y muy brillantemente defendida por un batallón de Chapelgorries (6) y un pequeño destacamento de artillería y zapadores de la Legión. El enemigo tomó posesión de varias casas en ruinas a cincuenta yardas del fuerte, arrojando cerrado y continuo fuego a las troneras, hasta que todos los artilleros fueron muertos o heridos. En esta emergencia los oficiales y hombres pertenecientes a ingenieros y zapadores manejaron los cañones y, aunque sufrían mucho, les hicieron frente bravamente durante todo el día.

El 1.º de Octubre será recordado durante mucho tiempo en las provincias Vascas: Mil doscientos cincuenta de la flor del ejército Carlista cayeron en esta sangrienta jornada.

El Convento de Rentería se alza sobre una punta de tierra rodeada por las aguas de la bahía. Exactamente detrás del Convento, en el centro del dibujo (4), está la aldea de Lezo, famosa por una capilla que guarda el celebrado Cristo de Lezo. Muchos milagros y curas extraordinarias parecen haber sido efectuados por la mediación de esta escultura. Los frailes han hecho trasladarla a Tolosa. En el banco izquierdo de la bahía hay una casa cuadrada en ruinas, propiedad de Ferrer, el diputado por Guipúzcoa. Fué fortificada por los Cristinos en 1835. Ha cambiado de dueño dos veces desde aquel acontecimiento. Una parte del pueblo de Passages (6) está a la vista hacia la izquierda; detrás se levanta la altura dominante en la que se yergue la fortaleza de Lord John Hay.

PASSAGES (6)

El pueblo de Pasajes está dividido en dos partes por las aguas de la Bahía. La entrada del puerto es muy estrecha y está completamente dominada por el Castillo de Santa Isabel. En cada lado del agua las peñas se yerguen casi perpendicularmente a una altura de mil pies. La cresta y ladera de la montaña están cubiertos con una cadena de reductos y casas fortificadas. La casa en el extremo derecho y cima de la montaña ha sido llamada la «Casa Atacada» (6) o casa de ataque, por una memorable defensa hecha por cuarenta hombres del Batallón 1.º del 12.º, o Regimiento de Infantería de Zaragoza, contra una tentativa ejecutada para sorprender a los Marinos Reales por tres Batallones Carlistas en la mañana del 9 de Junio. La casa que ocuparon estos bravos forma el puesto avanzado de la posición de Lord John Hay. En ese tiempo estaba desprovista de fortificación. El enemigo rodeó y atacó puertas y ventanas, pero los intrépidos Zaragozanos hicieron una defensa desesperada. Los primeros tiros alarmaron a los Marinos Reales, que avanzaron en ayuda de su piquete. El enemigo se retiró dejando veintisiete hombres muertos en la puerta, entre los cuales se hallaba el patrón de la casa, que guió al enemigo al ataque, pagando así con su vida la pena de su traición (7).

La torre de San Pedro fué edificada en 1476 por la ciudad de San Sebastián después de haber rechazado un ataque llevado sobre esa fortaleza por el General Francés Aman de Labrit con un ejército de 40.000 hombres. La fuerza invasora se retiró quemando Rentería a su paso. La gran fuerza de esta torre permitió a un destacamento Francés en 1813 hacer un esfuerzo desesperado aún después de haber caído San Sebastián. Fué quemada por los Carlistas en 1835; no quedan sino los muros.

Pasajes fué tomado sin seria resistencia el 28 de Mayo de 1836 por los escuadrones combinados de Lord John Hay y Almirante Morales, que actuaban conjuntamente con las fuerzas terrestres del General De Lacy Evans. El enemigo conservó un fuego certero sobre los barcos que entraban en el puerto, disparando con tres piezas de artillería del Castillo de Santa Isabel. La primera bomba del navío «Phoenix» hizo efecto matando a cinco de los artilleros; decepcionados por tan terrible precisión, tiraron los cañones al mar y se retiraron a las alturas inmediatas. El Coronel Rait, con un des-

tacamento del 1.º de Lanceros, fué el primero que entró en Pasajes. Las alturas inmediatas fueron ocupadas inmediatamente y fortificadas con increíble celo y actividad por los marinos de la escuadra Inglesa, asombrando con sus hechos a los indolentes nativos (7); entre otros, arrastrando por una pendiente casi perpendicular en un espacio de tiempo increíblemente corto, veinticuatro morteros. La primera tentativa de fortificación de fortaleza hecha por la marina, fué precisamente en forma de barco. Los barcos anclados en la boca del puerto consistían generalmente en una pequeña escuadra, una gran fragata Francesa, un barco acorazado y una corbeta. A bordo de estos navíos se refugiaron los habitantes de Pasajes con su propiedad, cuando el pueblo fué tomado por los Cristinos el 28 de Mayo de 1836.

RENTERIA

Saliendo de Pasajes en una barca, se desembarca a los cinco minutos en el promontorio sobre el que se asienta el Convento en ruinas de Rentería. Un buen arranque de escalera de piedra conduce a los blanqueados muros del que fué magnífico edificio. La vista es de lo más encantadora por todas partes. Por un lado se mira sobre la extensión total del abrigado puerto hasta el villorrio (7) de Herrera; hacia la derecha está el pintoresco pueblo de Pasajes, respaldado por las vastas y amenazadoras masas de montes cubiertos de largas líneas de fortificación. A distancia grande se ve la notable fila de colinas que corre desde la bahía de San Sebastián en dirección sudoeste, marcando su principio el ruinoso faro sobre la isla de Santa Clara; a la izquierda hay ricos bosques inclinados hacia la misma orilla del agua, y la importante pequeña aldea e iglesia de Alza, que al punto llama la atención (4).

Después de vagar por el ruinoso convento y por su otrora lozano jardín, unos pocos pasos hacia el oeste abren nueva vista a nuestra admiración. La bahía serpentea hacia el pintoresco pueblo de Rentería. Hace dos siglos se construían naves en este lugar; ahora hay apenas cuatro pies de agua en marea alta. Rentería está situada en un rico valle que se extiende hasta cerca del pueblo de Oyarzun. La iglesia de este último lugar se ve desde dos millas. La campiña detrás de Oyarzun presenta el carácter más salvaje y magnífico; la vista se empeña en vano por penetrar la azul y esfumada distancia. La hermosa montaña «Tres Coronas», llamada así porque

asume la apariencia de tres coronas si se la mira desde Francia, se alza a una altura de 3.000 pies mostrando una masa perpendicular de peñas escarpadas con una atrevida línea dentada que se proyecta contra el firmamento. He visto ese monte como la cara de un amigo familiar. Ensayé a representar sus colores cambiantes y tintes etéreos, pero siempre dejé el lápiz con desesperación.

El teniente White, de los Marineros Reales, fué hecho prisionero por los Chapelchuries (6) entre Rentería y Oyarzun. Estaba ocupado en dibujar el escenario de los alrededores cuando el enemigo acertó a sorprenderle; de modo que su amor por la pintura fué la causa de su desgracia. Fué trasladado a Tolosa, habiendo recibido la mayor atención durante su cautividad. Su vida fué preservada por pertenecer al servicio Británico regular; un oficial de la Legión hubiera sido muerto a sangre fría sin compasión. El teniente White tuvo la suerte de ser cambiado después de una detención de varios meses.

IRUN

Después de la derrota del 16 de Marzo, regresamos a nuestras viejas líneas frente a San Sebastián, y el enemigo se puso activamente a erigir nuevas y fuertes obras que se extendían desde la Venta, o colina de Oriamendi, al puente que cruza el río Urumea en la aldea de Astigarraga. Numerosos refuerzos fueron derramándose en sus filas hasta hacer un total de 20.000 soldados bajo el mando de Don Sebastián, Ocupaban una línea de prodigioso valor natural, atrincherada y fortificada por peritos ingenieros Franceses. Nueve o diez piezas de cañón se erizaban a lo largo de su frente, y todo parecía indicar que el adversario se decidía a arriesgar una batalla general. En el entretiem po, batallón tras batallón de tropas de la Reina fueron desembarcados de los barcos Británicos de la Bahía, pertenecientes a la masa del gran ejército de Espartero.. Iban seguidos por el General en Jefe. Por estas aportaciones, nuestro total aumentó hasta 32.000 soldados y se hizo inevitable un movimiento de avance.

En la mañana del 14 de Junio un oficial galopó hacia San Sebastián con la importante información de que el enemigo había retirado su cañón y la masa de sus tropas, dejando tan sólo unos pocos batallones a nuestro frente. A la llegada de estas noticias a Inglaterra, el triunfo de los partidarios de Don Carlos se cotizó

fuera de todo límite. Interpretaban este movimiento, como golpe magistral del generalato de Don Sebastián, por el cual Madrid quedaba sin defensa a sus pies. Profetizaban su avance tranquilo y victorioso a la cabeza de 12.000 veteranos, su aparición frente a la capital, su inmediata sumisión y el subsiguiente reconocimiento del pretendiente por los poderes despóticos. ¡Políticos de corta vista! El resultado de esta expedición y sus consecuencias desgraciadas para los insurrectos, se han convertido ahora en materia histórica. Después de muchas serias batallas fatales, la expedición consiguió cruzar el Ebro, y a causa de su celeridad y por medio de varios movimientos hábiles, aparecieron ante Madrid; pero encontraron cerradas sus puertas y sus fortificaciones erizadas de cañones y densamente cubiertas de defensores entusiastas. Durante su avance por las agradables provincias que desolaron, si no encontraron hostilidad, nunca fueron bien recibidos, excepto cuando se hallaba forzada la desdichada población temerosa. Descubrieron que su causa era impopular en el Sur, y los Navarros y Vizcaínos vieron claramente que habían sido engañados por sus jefes, hallándose en aquel momento mismo en inminente riesgo. He dicho que la expedición se detuvo ante los muros de la capital. ¿Cuánto tiempo duró su visión rapaz de ese El Dorado en cuyo pillaje sus imaginaciones se habían recreado durante meses? Corta fué la gratificación; y cruel la retribución inflingida. Las tropas de la Reina les iban rodeando en cerradas masas. Los 12.000 veteranos que habían dejado las provincias Vascas, fueron disminuyendo tristemente en número, desfallecidos por la derrota y destrozados por las disensiones de sus jefes. ¿Es, pues, asombroso que los Carlistas fueran obligados a iniciar una huida desastrosa y desgraciada? Oficiales y soldados se diseminaron por los montes en distintas direcciones. Fueron cazados a su vez a la gran velocidad de la cual habían brotado como lobos voraces, y tan sólo la mitad del número primitivo vivieron para volver a atravesar el célebre río.

Consideremos ahora brevemente los resultados inmediatos de esta desastrosa expedición: el infortunio de varios de los más hábiles jefes del ejército del Pretendiente, que fueron trasladados de sus puestos y encarcelados en fortalezas o desterrados a aldeas oscuras: divisiones fatales en el consejo y recelo y envidia entre los partidos Castellano y Vasco; duelo y desolación a través los hermosos valles de las provincias Vizcaínas (porque pocas fueron las familias que no perdieron uno de sus miembros); la pérdida de Oyarzun, Irún

y Fuenterrabía, con toda la rica y productiva región anexa, abandonada por este golpe magistral del generalato.

Al romper el día se movió nuestro gran ejército por el camino de Hernani. Espartero confió con gran diligencia el mando total al General Evans. La primera barricada de! enemigo quedó forzada sin pérdidas, retirándose a la Venta de Oriamendi, donde ofrecieron una sombra de resistencia durante pocos minutos, pero dando lugar a un ataque realizado sobre su flanco derecho por dos compañías del 8.º Escocés. Permanecimos nuevamente en el campo de batalla del 16 de Marzo. Hernani yace a nuestro pies reposando oscuro y ceñudo en la falda de ese valle encantador por demás. Podíamos ver dos batallones cruzando pausadamente el puente de madera detrás del pueblo para unirse a la fuerza en retirada, que había estado hostilizando a nuestra vanguardia. Nada podía exceder a la frialdad y admirable disciplina de nuestras tropas al ejecutar estos movimientos. Antes del anochecer nos hallábamos en posesión tranquila de Hernani. Ahora supimos que la Legión Británica quedaba destinada a Irún y Fuenterrabía. Espartero con sus pesadas columnas iba a quedarse en Hernani cubriendo la ruta de Tolosa e interceptando todo socorro que se intentara a los sitiados en aquel lugar.

Unos 10 ó 12.000 hombres, de los cuales 5.000 eran Ingleses y los demás Españoles, fueron puestos bajo el mando del General Evans, y a la aurora del 16 estábamos en columna de marcha. Era una deliciosa mañana y el escenario encantador por el cual pasamos, variando a cada milla, no puede hallar justicia en ninguna descripción de las mías. La triste vista de muros ruinosos y campos desolados no aparecía ya. Copas exuberantes ondeaban sobre nosotros hasta las cimas de las montañas y ricos caseríos añadían al paisaje un tópicos de seguridad. La marcha del ejército fué conducida con la más estricta disciplina. Las propiedades de los habitantes, aunque duros y decididos enemigos, fué en toda ocasión protegida y quedó intacta.

Los hombres de la Legión se hallaban, con el mejor espíritu y encantados de la oportunidad que se les ofrecía para borrar la mancha arrojada sobre sus armas el 16. Ninguna marcha se realizó más ligeramente que esta. Mi reciente ascenso al rango de Médico del Estado Mayor me permitía cabalgar a lo largo de la columna como yo deseara y me proporcionaba muchas oportunidades para dibujar el paisaje. A debido tiempo llegamos ante el pequeño y pintoresco pueblo de Oyarzun. El lugar estaba fortificado y contenía dos bata-

llones del enemigo. Abrieron fuego desde las puertas del pueblo sobre nuestros batallones de vanguardia, haciendo detener al ejército durante media hora. Se trajeron los cañones al frente y dos batallones se movieron hacia nuestra izquierda para posesionarse de una colina que dominaba al pueblo por su flanco derecho.

Al apreciar estos preparativos, el adversario evacuó de prisa la plaza, retirándose lentamente a las montañas. Fuimos bien recibidos por los habitantes y ví que muchos oficiales Españoles devolvían los saludos y las sonrisas de las bellezas de ojos oscuros que cubrían los balcones. Nos detuvimos una hora, durante la cual se mantuvo el mayor orden entre nuestros soldados. El enemigo se retiró sin ofrecer ninguna molestia a nuestro avance y a las dos o tres horas estuvimos a la vista de Irún y Fuenterrabía. Un gran vitoreo pasó a lo largo de nuestra columna, contestado por el áspero rugido de un cañón pesado de su fuerte «El Parque» y por la zambulla del disparo al caer sin daño a nuestro frente.

No es mi intención dar cuenta histórica del sitio de Irún ni de las disposiciones señaladas por el General para dar batalla al ejército que pudiera aparecer, impidiendo que escapara la guarnición. Carezco del conocimiento e información necesarios para el objeto. Recorreré sin miedo el lugar, describiendo principalmente los acontecimientos que llegaron a mi observación personal. Imagínese a el pueblo debidamente cercado y con el ataque iniciado. Fuimos enseguida requeridos para un caso profesional. Un Español perdió un brazo en la unión de la espalda, obra de un tiro de cañón. Cuando llegamos a la casa en que se hallaba establecida la estación médica, estábamos todos ocupados en preparar la comida a la sombra de varios árboles hermosos. Dos o tres de nosotros procedimos a la amputación del brazo, mientras los demás continuaban fríamente sus preparativos de la comida. Era curioso observar el contraste que existía entre las ocupaciones de ambos grupos. Terminada la operación, nos sentamos sobre la hierba y disfrutamos de un excelente almuerzo mojado por algunas botellas de Claret y Sauterne. Estábamos protegidos del fuego enemigo por un terreno elevado sobre cuya cumbre pasaba cada diez minutos un pesado proyectil disparado de su fuerte, a veces estallando sobre los tejados de las casas o arrancando gruesas ramas de los árboles. De este modo nos acostumbramos al sonido de estas enormes máquinas destructoras. Es evidente que nuestro grupo no se hallaba en plena actividad de su deber profesional, como se desprende de la anterior descrip-

ción. La verdad es que hubo muy pocos heridos a nuestro lado del pueblo, lo que nos permitió observar tranquilamente el progreso de la pelea durante toda la tarde de ese día. Terminado nuestro almuerzo, vagamos en torno para presenciar la terrible escena. Recuerdo haber ido con Scott a una casa de la gran ruta de Irún a Hernani, que se hallaba al alcance de los tiros, del fuerte, y nos vimos admirados ante la frialdad desplegada por el Teniente Coronel Shaw y unos pocos artilleros bajo su mando. Servían un mortero de a doce en camino abierto sin la menor protección ni ventaja de terreno y, en tan expuesta situación, hubieran sufrido mucho si el enemigo hubiera dispuesto de un oficial bueno de artillería. Entramos en la casa y examinamos el espesor de los muros para calcular su poder de resistencia. En el ángulo más cercano del camino y encima del mortero de Shaw notamos que el muro era de un sencillo ladrillo de espesor y determinamos al punto no permanecer allí. En el cuarto anexo las ventanas eran muy pequeñas y la pared marcadamente espesa, por lo que nos apostamos allí para presenciar la batalla. Fué muy acertado que actuáramos con tal precaución, porque no habíamos abandonado la habitación junto al cañón de Shaw cuando a los diez minutos estalló una bomba en ella atravesando dos compartimentos y cayendo sin daño en un tercero. El disparo había sido dirigido al grupo de Shaw, pero sus bravos muchachos salieron ilesos. En el curso de la tarde surtió efecto uno de los disparos enemigos y desmontó el cañón. La bala rebotó en el arpón y se zambulló en la tierra a los pies de uno de los soldados. Cayó y fueron muertos todos menos él, que apareció ileso. Fué arrojado por el desplazamiento de la tierra bajo sus pies, causado por la penetración del proyectil en el suelo.

El fuego se convirtió ahora en general por todos los sitios de la plaza. Vimos al 8.º Escocés y a un regimiento Español avanzar sobre la ruta para ocupar algunas casas fortificadas a unas ochenta yardas del fuerte. El glacis o fortificación estaba tan científicamente construido que tres hombres pudieron arrastrarse dentro de las ochenta yardas del fuerte, donde permanecieron por espacio de dos horas, irguiéndose de vez en cuando para disparar sus fusiles contra las troneras de la plaza. La admirable sangre fría y bravura de estos tres Españoles atrajeron la atención y asombro de todos los espectadores. Parecían hallarse en el más inminente peligro por parte de nuestros disparos, bombas o balas. A eso de las cuatro un oficial Español de rango nos pasó galopando y con un pañuelo

blanco en la punta de su espada como banderola de tregua. Al momento cesó el fuego y todo se convirtió en ansiedad. Avancé por el camino del fuerte y, después de pasar por las casas fortificadas ocupadas por el 8.º Escocés, me puse a la vista de la iglesia y villa de Irún. El espectáculo era del más chocante carácter y he intentado representarlo en la estampa anexa (4).

El fuego había cesado en todos los puntos, exceptuando algunos disparos cambiados entre los Rifleros y el Regimiento 1.º, que se hallaban apostados en la torre y campanario de la iglesia, y el enemigo de la barricada opuesta. Muchas tentativas fueron infructuosas para detener este tiroteo, que continuó durante la media hora que duró la tregua. Regresé al fuerte. Sus defensores estaban desarmados en las troneras, y ¡qué tropa más salvaje y mezclada parecía!, más como bandidos que como tropas regulares. El conductor de la bandera de paz regresó, las partes contendientes volvieron a tomar las armas y se continuó la defensa con la mayor obstinación hasta que la noche terminó la refriega. Pero nuestra labor profesional no había cesado, pues una hora después de anochecido llegaban a nuestra casa los heridos (11).

.....

Rompió la mañana y con ella acudió el rugir de la artillería y el áspero zumbido de la fusilería. Hacía una hora que el ataque había comenzado cuando llegó un lancero con orden del Diputado Inspector General Mr. Alcock para que me dirigiera a la aldea Francesa de Behobia (6) a encargarme de los heridos que fueron conducidos allí la tarde anterior. Los demás del cuerpo médico se estacionaron a nuestro lado del pueblo para trasladar los heridos con la debida: celeridad y cuidado. Todo era apresuramiento y preparativos. Las ambulancias o carros de muelles para la conducción de heridos fueron preparados, su equipaje empaquetado, los caballos ensillados, y a la media hora empezó la corta marcha. Mientras la ambulancia avanzaba por la profunda y estrecha senda, su forma peculiar atrajo la atención del enemigo. Creo que sabían el uso para el cual se aplicaba el convoy; no obstante, a pesar de las acostumbradas leyes de la guerra (7), lo honraron con el saludo de un mortero de a diez y ocho. El tiro pasó a un metro de un Carro y produjo alarma entre heridos y enfermeros.

(II) El Dr. Wilkinson, médico militar de la Legión Británica, dedica aquí algunas líneas a dar cuenta de operaciones quirúrgicas que llevó a cabo en heridos (N. del T.).

Era necesario hacer un largo circuito alrededor del pueblo para entrar en la carretera Francesa a Irún, siendo el camino dificultoso y de cierto peligro por el fuego enemigo sobre bosques y quebradas. Después de ayudar a ordenar la marcha, galopé hacia Behobia pasando la línea de cañones al mando del Comandante Howe, colocada en una fila de preciosas colinas al sur de Irún. Seis o siete piezas estaban derramando incesante metralla sobre la infeliz villa y fuerte. La rapidez con que la artillería legionaria servía sus cañones y la precisión del fuego, eran asombrosas, viéndose casi a cada minuto el vuelo de una bomba mortífera o de un proyectil esférico llegando a su destino con perfecta facilidad. Aquí debo señalar como no científica la construcción del fuerte Carlista «El Parque», pues aunque ignoro los principios corrientes de fortificación, era evidente que sus ingenieros cometieron un error capital al alzar en torno un número de cobertizos cubiertos con tejas. Si un proyectil chocaba con estos tejados, veíamos una nube de humo encarnado subir del lugar; calculando entonces nosotros que habíamos dado en el blanco. Sin embargo, su fuego de fusilería no cesó ni un momento percibiéndose sus brillantes llamaradas brotando aún en medio de la nube de polvo y tierra que marcaba el paso de nuestras bombas. Pero era distinto en cuanto a sus cañones pesados. Habían sido servidos con gran rapidez y precisión al aparecer nosotros delante de la plaza, pero cuando nuestra artillería se puso en posición contestando a su fuego, se evidenció su decaimiento. Dos de sus cañones enmudecieron ante las descargas cerradas hechas a una de las troneras por el 8.º a cien yardas de distancia. El panorama de la sitiada villa y del distante paisaje es desde estas colinas tan singularmente hermoso que mi lector debe seguirme mientras intento dar una idea de su naturaleza a través el medio imperfecto de mi descripción.

Miré hacia el mar. El más prominente objeto a distancia era la antigua ciudad de Fontarabia (6). La amenazadora línea negra de fortificaciones estaba claramente visible, contrastando singularmente con la elegancia de la iglesia que parecía de mármol y la fuerza maciza del castillo, así como el racimo irregular de casas blancas asomándose por encima de la formidable muralla. Las aguas de azul intenso de la Bahía de Vizcaya formaban como notable y hermoso marco, haciendo más nítida la línea contorneada del pueblo. A una milla más allá de Fontarabia está la entrada del Bidassoa (6) con sus largos bancos de arena amarilla, extendiéndose a través la ancha ría desde la orilla Española a la Francesa. En

alta mar se balanceaban los barcos de guerra de la poderosa Inglaterra y, más cerca de la embocadura del río, había una flota de cañoneras Españolas al mando del Almirante Morales. Más hacia fuera el mar estaba cubierto con las velas blancas de veinte o treinta navíos mercantes que se dirigían a San Sebastián desde el puerto Francés de Lecoa (6) (12), cargados de aves de corral y legumbres. Una línea audaz de costa montañosa parecía surgir del océano formando la estupenda cadena que une a Fontarabia con el puerto rocoso de Pasajes. Junto a la cima chispeaban al sol matutino los blancos muros de la ermita de Santa Bárbara y, sobrepasando en altura y belleza, asoma el monte de Guadalupe (6). En lo alto de la montaña el ojo práctico podía divisar el apuesto batallón de Marineros Ingleses. Los costados de las lomas estaban cubiertos por espesos bosques, y las granjas relucían entre tupidas masas verdes que las rodeaban.

Dirijámonos a la derecha de nuestro cuadro para observar los campos rientes de «La Belle France» (6). La larga línea de los Bajos Pirineos termina en los bancos del Bidasoa con lindas lomas de moderada elevación. Numerosas casas se hallan diseminadas en el exuberante valle, presentándose Andaye (6) frente a Fuenterrabía, villa aquella que se halla en ruinas y que otrora fué de considerable importancia. Tras este lugar y en el punto extremo de la costa de Francia, hay dos notables masas de roca entre las cuales las poderosas aguas del Atlántico se precipitaban como en un paredón de espuma. A mi frente, la belleza natural de los alrededores de Irún se revestía de un temeroso interés por la mortal refriega desatada por doquier. De cada ventana salían relámpagos de la fusilería y menudas cortinas de humo. La casa del pueblo destacaba por sus hermosas proporciones y por su robustez maciza; balas y bombas rebotaban sin daño en su fuerte construcción. Todas sus numerosas ventanas, menos una, fueron tapiadas y guarnecidas de troneras para la escopetería. En la ventana abierta emplazó el enemigo un pesado cañón de marina, el cual disparaba a intervalos sobre nuestras filas.

Salí para Behobia. En el punto donde entré por el camino Francés, me encontré bajo un fuerte fuego de fusilería con algún que otro proyectil redondo para variar. Confieso francamente que no me agradó esta prueba y puse a mi bayo en carrera para alargar

(12) Socoa (N. del T.).

la distancia tan pronto como fuera posible. Estaba ansioso en cuanto a los heridos, pues no podían evitar el paso por este lugar peligroso y temía que un accidente fuera inevitable a causa de su lenta marcha. Rodeando rápidamente una loma verde, convertida desde entonces en formidable posición llamada Evans, me encontré a la orilla del Bidasoa, frente al fuerte Español y el puente que une a los dos grandes países. En el lado opuesto del puente se asienta el pequeño y agradable villorrio Francés de Behobia, reflejándose sus casas blancas en las profundas aguas claras del precioso río. Ricos pastos se extienden hasta el mismo borde del agua, cubiertos con numerosas manadas de ganado vacuno y lanar, animando y poniendo más de relieve el rico verdor de los campos. ¡Ay! ¡Qué melancólico contraste existía entre la exuberancia, el reposo y la comodidad del paisaje de un lado, y los paredones desnudos, campos arruinados y la miseria y desolación del otro! La escena se animaba con los muchos y característicos grupos que se veían a los dos lados del río. El camino sobre el cual iba yo adelantando lentamente se hallaba repleto de soldados Ingleses y Españoles, ocupados en conducir heridos sobre camillas. Algunas lanchas o barcas de fondo chato, peculiares a la localidad, se empleaban para el mismo objeto y andaban corriente arriba por medio de largas perchas en manos de aldeanos Franceses de aspecto atlético. Las pequeñas lomas verdosas del lado Francés se veían muy cubiertas de grupos de militares y paisanos que habían acudido de todas partes del país vecino a presenciar el espectáculo emocionante de una batalla y asedio a una milla de la frontera.

Llegado al fuerte Español, las armas de fuego de mis servidores fueron tomadas y depositadas en la casa de guardia, puesto que no se permitía entrar en Francia con armas en las manos. La situación e historia de este fuerte irregular es curiosa. Ha estado en poder de unos trescientos de las tropas de la Reina desde el tiempo en que los Carlistas ocuparon por primera vez Irún. Cuando los insurrectos avanzaron al ataque de la plaza, la débil guarnición tuvo que retirarse al puente de Behobia, que estaba entonces rodeado de unas doce casas. Aquí realizaron rudos trabajos irregulares de defensa y se fortificaron con tres o cuatro cañones. Mantuvieron el puesto desde entonces, a pesar de los muchos ataques fuertes y hábiles estratagemas del enemigo. La guarnición ha sido relevada con regularidad por partes, las cuales o tuvieron que cruzar los Pirineos o embarcaron en la costa de Francia. Es claro que la ocupación de este puente era de la mayor importancia para la causa

de la Reina. Si los Carlistas lo hubieran poseído, hubieran conseguido tener comunicación directa y abierta con Francia. El lector preguntará qué es lo que impedía al enemigo tomar un fuerte tan pequeño e irregular. La verdad es que no se podía tomar por asalto, ya que si una sola bala caía en el lado Francés, la fuerza estacionada en Behobia hubiera devuelto el insulto. Por este motivo no se le podía tampoco cañonear. La inviolabilidad del territorio Francés ocupaba la «Tête du pont» (6) de Behobia en manos de la Reina.

Era curioso al cruzar el puente ver a los centinelas Franceses y Españoles encontrarse y detener su marcha en el centro. No había línea trazada, salvo la imaginaria, y no obstante parecían haber llegado al punto medio con exactitud matemática. La vista del río era del carácter más grandioso y sublime. En el lado Francés, sobre Behobia, las colinas toman súbitamente aspecto peñascoso y escarpado. A la derecha, las alturas de San Marcial, escena de una pelea desesperada entre Franceses e Ingleses, llamaban la atención antes de llegar al paso del Bidasoa. Su cumbre está blanqueada por las paredes de una pequeña capilla o ermita, y sus fragosos costados están cubiertos por el oscuro y reluciente verdor de bosques de olivos (7). Detrás de San Marcial, las montañas Españolas se yerguen como un murallón en eminente perspectiva de audacia y hermosura. Podía divisar las bien definidas formas de la fuerza Carlista en retirada por el mismo alto de un espinazo distante. Estaban sentenciados a presenciar la caída de sus esfuerzos y, en mi imaginación surgió la idea de la agonía del amante, hijo o hermano en los horrores de la tormenta, así como la de aquellos a quienes amaban.

Unos pasos más de mi caballo y me hallaba otra vez en Francia, pasando despacio y con dificultad en medio de una muchedumbre de militares y civiles, muchachas aldeanas y damas a la moda, que todos se dirigían hacia mí y mis acompañantes con insaciable curiosidad. Avancé por la única calle para llegar al hospital temporal que nos proporcionaron las autoridades (11).

.....

Por la mañana recibí orden de ir a Irún para encargarme de un hospital. Al llegar a ese desgraciado pueblo, tuve interés en obtener alojamiento, pero había poca esperanza de conseguirlo, ya que casi todas las casas del lugar habían sido saqueadas. Me dirigí al alojamiento del Capitán Boyce, nombrado entonces Comandante de Irún, y por su amable ayuda fuí presentado en la casa del cura,

que era, caso curioso, una de las muy pocas salvadas del pillaje. Fuimos recibidos por una señora, persona de apariencia y maneras muy atractivas. El anuncio de mi profesión me aseguró un buen recibimiento. Me tomó por la mano con una clase de simplicidad patriarcal y me guió escaleras arriba, donde fuí presentado al sacerdote. Su manera era inquieta y turbada, y me miraba con expresión dudosa, en la cual parecían pugnar por descollar la suspicacia y el deseo de aparecer contento. La habitación evidenciaba las comodidades de que disfrutó. Habiéndome asegurado así un gran alojamiento, tomé rumbo hacia mi nuevo hospital, en el cual noté un número de heridos Carlistas, oficiales y soldados, confundidos con nuestros desgraciados (11).

.....

Después de atender debidamente a los heridos, visité la casa de la villa, donde estaban instalados unos trescientos cincuenta prisioneros, así como el fuerte, que contenía sesenta más. Los bravos defensores de «El Parque» estaban enjaulados en uno de los cobertizos de tejas. Había varios hermosos muchachos entre ellos, indudablemente, pero la gran mayoría eran una serie de vagabundos de tan mal aspecto como jamás tuve la desgracia de ver. Nunca percibí antes tales estudios para un artista, pues existían todas las variedades de trajes y semblantes. Todos tenían el cabello colgando en un largo bucle, alcanzando a las espaldas, mientras la coronilla y la parte trasera de la cabeza estaban tan afeitados como si una navaja hubiera pasado por la superficie. Esta moda prevalece sobre todo entre los Navarros. Aquí podíamos ver el estrago producido por nuestros proyectiles en las defensas de la plaza. Varios cobertizos estaban completamente en ruinas, y por todas partes se apreciaban charcos de sangre indicando el sitio donde nuestros disparos habían producido efecto. Más de la mitad de los defensores fueron heridos o muertos. Después de saciar mi curiosidad, enfilé mis pasos a la villa, donde las casas indicaban por todos lados la disputa que se entabló durante un breve período en las calles. En una, particularmente, que guía al templo, habría apenas una yarda cuadrada de superficie en que no hubiera chocado una bala. Me dijo un amigo que los intersticios en el desnivelado pavimento de esta calle estrecha, estaban materialmente llenos de balas.

Volví a mi alojamiento de Irún y a la media hora me hallé con mis amigos Scott y A'Beckett en la cocina, donde pronto nos encontrábamos bastante cómodamente. La cocina contenía por lo menos

ocho mujeres muy viejas, que se habían refugiado en aquella casa durante el asedio y no habían aún adquirido el suficiente ánimo para dejar el techo que las protegió con tanta fortuna en la hora de peligro. Estaban bastante alegres, considerando las circunstancias, y tomaban parte en la frecuente risa excitada por los chistes de mi amigo A'Beckett. La reunión se hallaba aumentada con la persona de un lindo joven, «Urbano», Guardia Nacional de San Sebastián. Había sido un antiguo amigo de la familia, pero se separó de ella durante un largo período por estar en las filas de la Reina. Prestaba una gran atención a nuestra amable patrona, que parecía hallarse bastante bien acogida, aunque mis dos amigos no se hallaban del todo ociosos. Apareció una guitarra, y la dama del modo más sencillo condescendió con nuestro ruego de ser favorecidos con algunas canciones. Cantó bastante bien y sonreía alternativamente a cada uno. El fuego daba una luz bermeja en el remoto misterio de esta habitación a la antigua usanza, alumbrando los característicos semblantes de la reunión de modo brillante y efectivo. Un espectador casual que mirara al grupo sin hallarse en conocimiento de la tragedia que se desarrolló recientemente en la triste villa, no hubiera jamás descubierto los diferentes sentimientos que entonces se agitaban en los secretos de los presentes. Antes de retirarnos a descansar, un amigo que se agregó a la reunión nos hizo una descripción de los procedimientos de los Rifleros y Regimiento 1.º que ocuparon la iglesia en la noche del 16.

En cuanto la oscuridad separó a los combatientes, estos regimientos, que sumaban cerca de ochocientos hombres, se juntaron en la iglesia. Enseguida descubrieron una gran cantidad de cirios de diferentes tamaños, y con su luz empezó la obra del saqueo. Muchas de las presas se hallaban confeccionadas con adornos de oro y plata, usadas en el ritual de la Iglesia Católica Romana, tales como candeleros, crucifijos, platos o bandejas, campanillas e incensarios. Las sederías más ricas fueron robadas de la manera más sacrílega, habiendo conseguido algunos soldados muchas piezas sin cortar de muchas yardas y de los más primorosos colores y dibujos, mientras otros se ponían las vestiduras de los sacerdotes, produciendo gran hilaridad entre sus camaradas con ridiculeces y muecas. De pronto un grupo llegó a un oculto retiro y, forzando la puerta, se quedaron cegados ante la vista de gran cantidad de aparente plata labrada. Todo lo que les pareció de menos valor fué arrojado al instante para asegurarse una parte de este resplandeciente botín.

La lucha que siguió pareció un momento que iba a terminar en sangre, pero concluyó al darse cuenta los saqueadores de que los artículos no eran de plata. En cuanto la iglesia fué perfectamente pillada, bandos de soldados se dirigieron a las casas situadas fuera de la muralla, donde cometieron sin duda muchas enormidades sobre los habitantes indefensos y obtuvieron diversas provisiones de licores, comestibles y ropas. Cada hombre tenía por lo menos uno o dos cirios que ardían ante sí, siendo la consecuencia que el interior de esta iglesia magnífica se vió lo más brillantemente iluminado. También debo mencionar las numerosas fogatas formadas sobre las frías losas del pavimento y que añadían asombrosamente un efecto de lo más extraño, congregándose en torno los soldados para cocinar una copiosa comida. El surtido de alimentación era de lo más amplio, pues lo habían conseguido degollando terneras, cerdos y aves de todas clases, yendo la mochila de cada hombre henchida de alegría. Terminado su festín y regados con gran ración de vino o aguardiente (6), dieron salida al jolgorio y a los cánticos, olvidando los riesgos a que se exponían al día siguiente en la tormenta de la ciudad sentenciada. La iglesia guardaba un hermoso órgano en perfecta condición y de inmenso poder. Los bribones pronto se dieron cuenta de ello y algunos aprendieron el manejo de los fuelles, mientras otros tocaban las teclas con enorme ignorancia de todo conocimiento musical. Los registros fueron sacados y se oían la trompeta y la flauta queriendo dominarse. Los más desiguales sonidos brotaban desentonando extrañamente con el salvaje bramido de regocijo y canciones en el cuerpo inferior del templo. La algarabía siguió hasta cerca de media noche, cuando profundo sueño se apoderó de las facultades de todos menos de aquellos señalados para guardar vigilancia contra la sorpresa. Los innumerables cirios y fuegos continuaron ardiendo, pero absoluto silencio reinaba alrededor, salvo la mesurada pisada de los centinelas y el ruido de sus armas estridentes. Por la mañana aquella iglesia se transformó en hospital y en ella resonaron los gritos de muchos desgraciados agonizantes que se vieron obligados a someterse al cuchillo del cirujano. ¡Qué chocantes contrastes de situación y de sentimientos presenta la guerra al observador!

Al día siguiente visité la iglesia para ensayar el órgano y hallé muchos voluntarios para empujar los fuelles. Por hacer justicia a estos muchachos fuera de la ley, debo asentar también que en todo su alboroto y libertinaje se abstuvieron de injuriar a este magnífico

instrumento. La soldadesca Española se hubiera prestado más a destruirlo, pues recuerdo una ocasión en que cometieron una enormidad semejante en la iglesia de Astigaragga (6). El regimiento Escocés quedó acuartelado junto a ese, templo algunas semanas durante las cuales estaban entusiasmados de que el Dr. Lardner o yo mismo nos sentáramos al órgano. Nos fuimos a otra aldea y nuestro puesto fué ocupado por un regimiento de Españoles que, parecían menos escrupulosos sobre el asunto, ya que al visitar la iglesia algún tiempo después, encontré el órgano destruido totalmente. Confieso que sentí el más profundo sentimiento al ver los vestigios de un instrumento que me proporcionó tanto placer mientras duró el período sin interés en que estuvimos acuartelados en el pueblo.

CONVENTO Y PUENTE DE CAPAUCHINOS (6) Y FONTARABIA (6)

La mañana del 18 tomé mi caballo y galopé hacia Fuenterrabía. El adjunto dibujo (4) representa el Puente y Convento de Capuchinos con la antigua ciudad a distancia de media milla. Este puente fué escena de un corto pero desesperado conflicto en el primer avance de Evans hacia el pueblo, entre dos compañías del 6.º Escocés, dos de los Reales Irlandeses y treinta o cuarenta Chapelgorries (6) contra un fuerte cuerpo del enemigo. Nos apoderamos de él a carga de bayoneta en la más hermosa y determinada manera. No se envió refuerzo alguno a la pequeña tropa que ganó ventaja tan importante, pues por ella se cortó toda conexión entre Irún y Fuenterrabía, viéndose finalmente obligada a retirarse cruzando otra vez el puente, siendo su retirada protegida por el fuego de dos compañías de Marinos Reales apostadas tras un muro bajo que se extiende delante del Convento, así como por los Regimientos 6.º y 10.º Varios de los Españoles fueron cortados completamente del puente y, al intentar atravesar el río, se ahogaron. El Comandante Wood, del 6.º, pudo escapar justamente del ancho muro, parapeto, malecón o dique. Fué el último en retirarse hacia el puente y, casi lo había alcanzado cuando oyó tras sí el galope de un caballo. Se volvió justamente con tiempo para salvar el levantado sable de un oficial Carlista. Se arrojó a una zanja llamando a un veterano Británico de la retaguardia de la compañía: «Beauvoir, ¿ves ese individuo? ¡Tumbale!». El juicioso viejo soldado se volvió diciendo a su camarada: «¡Por

mis ojos, Jack, ahí va un imprudente!». Fríamente apuntó el fusil hacia su valiente enemigo y apretó el gatillo exclamando: «Pronto me quedo con él». El tiro fué bien dirigido y el oficial Carlista cayó muerto. En el otro lado del puente los Coroneles Ross y Beatson recibieron varias heridas. El pobre Capitán Leach, de Irlandeses, fué herido mortalmente en el espinazo y murió dos o tres días después. El Comandante Calder fué herido en el brazo debajo del codo. Este oficial, tan conocido y universalmente amado en el oeste de Escocia, se curó debidamente, pero falleció pocos meses después.

Muchos más cuyos nombres olvido fueron tocados en el pequeño espacio de terreno representado en el croquis (4). En esta severa contienda la bravura de los oficiales Carlistas rayó a la más asombrosa altura. Bajo un fuego nutrido y destructor avanzaron repetidas veces por el camino del puente intentando inducir a sus soldados a que les siguieran, pero los muchachos no, tenían estómago para la aventura. Se vió a los oficiales apaleándoles en vano con sus sables.

El grupo de árboles a la derecha del camino proporcionaba cierta protección a un destacamento de nuestro regimiento Escocés al hallarse bajo descargas cerradas. Se dijo que era divertido ver las pugnas entre los soldados por obtener el amparo relativamente insuficiente de esos árboles, porque sus troncos no eran tan gruesos como el cuerpo de un hombre, y por consiguiente quedaban expuestos en parte los escaramuzadores. Calder fué herido ahí de este modo, estando su brazo expuesto mientras apuntaba a un enemigo. En la retirada que tuvo lugar como consecuencia, muchos soldados fueron hechos prisioneros en el Convento, los cuales se sacaron al día siguiente a la plaza del mercado de Irún, siendo deliberadamente fusilados. La pérdida del enemigo en este combate fué relativamente grande, ascendiendo por lo menos a 300 muertos y heridos. Nuestros hombres padecieron muy seriamente en el Puente, pero probablemente más en un momento más tarde de la retirada, que fué conducida con tal orden y disciplina durante el peligro de los ataques carlistas, que hubiera hecho honor a un ejército veterano. Las impetuosas embestidas de los Carlistas encontraron un fuego nutrido, bien dirigido y destructor, realizándose admirables formaciones cuando los regimientos se retiraban colina arriba, cubriendo cada cual la retirada del otro. Oí decir que la apostura de la tropa del batallón de Marineros Reales mandados por el Coronel Owen, fué ese día sobre todo elogio. Nuestra pérdida sumó ochenta o noventa entre muertos y heridos.

Inmediatamente después de la caída de Irún, el General Evans se movió sobre Fuenterrabía. El enemigo había destruido el puente junto al Convento y fué preciso reparar el daño sin pérdida de tiempo para poder traer y poner los cañones en acción si fuera necesario. Estando el pueblo bien cercado, se le mandó una notificación para que se rindiera. El Comandante de la plaza de Fuenterrabía pidió permiso para enviar un oficial a Irún, donde debía informarse de la clase de trato que habían experimentado los prisioneros, ya que había llegado a Fuenterrabía una noticia asegurando que los Ingleses asesinaron a todos, hombres, mujeres o niños. Al regreso el oficial dió cuenta tan favorable de la humanidad de los Ingleses en su trato hacia los prisioneros, que el Comandante carlista determinó rendir toda su tropa como prisionera de guerra. Estaba plenamente justificado al actuar así, pues la situación era en extremo desesperada. No había socorro a mano y no podía esperar resistir a fuerzas superiores durante más de tres o cuatro días. Las puertas se abrieron y la guarnición, que consistía en más de 500 hombres, quedó encerrada en la iglesia.

La iglesia de Fuenterrabía posee uno de los más hermosos interiores que encontré en el norte de España. Los ricos dorados del altar mayor y relicarios, las figuras talladas, la elevada nave, los largos costados llenos de esas figuras bravías y de mirar salvaje (7), visto todo bajo el lóbrego efecto de una religiosa luz opaca, formaba un cuadro que Rembrandt se hubiera deleitado en pintar. Los oficiales de guarnición en Fuenterrabía eran una serie de hombres hermosos e inteligentes, que no se distinguían por las marcas de alta crianza o educación, pero antes bien representaban una clase de hombres similar a hacendados de este país. Me chocaron como mostrando un gran parecido en el carácter de sus cabezas y caras con los Covenanters (6) Escoceses, tal como los representa el lápiz magistral de Harvey. Podía yo muy bien concebir a esos hombres capaces de ejecutar hazañas audaces, en verdad, tal era su carácter, y a este respecto formaban chocante contraste con los oficiales Christinos (6), que como cuerpo contiene demasiados inhabilitados para el cargo por su necesidad de poseer todos los atributos de mando. Vagué por la ciudad y hallé muchos edificios soberbios en ruinas, quedando tan sólo sus sólidas paredes. Las entradas se veían adornadas de ricos escudos altivos, indicando el alto rango de los dueños. Toda casa en las Provincias Vascaas de España posee la cota de armas del dueño sobre la puerta, de entrada, siendo todo hombre noble

por nacimiento. Me dirigí al Castillo y subí a lo alto en que varias piezas de cañón dominaban todos los accesos, apreciándose bien las troneras en el Diseño (4) (3). Una gran parte de este inmenso edificio se encuentra ahora en ruinas. Presencí el horno para calentar al rojo la munición, emplazado junto a un mortero de a diez y ocho, enfilado hacia la entrada del río.

Recorrí las murallas para obtener una vista de la ciudad en su aspecto marino. El croquis adjunto se trazó durante una maravillosa puesta de sol (4). A los tres o cuatro días el ejercito comenzó su marcha hacia San Sebastián con novecientos prisioneros de guerra que iban apiñados como un rebaño de ovejas, los oficiales por delante. Fuertes cuerpos de caballería e infantería les rodeaban de todos lados, haciendo casi imposible el escape. En todas partes la guarnición y los habitantes salían a presenciar nuestra marcha triunfal. Toda la población de San Sebastián se hallaba reunida sobre el glacis, y entramos en esa plaza fuerte en medio del vitoreo de diez mil gargantas.

HERNANI Y ANDOAIN

A la terminación de los dos años de servicio de los Británicos, se formó una nueva Legión y el autor fué elegido como uno de los pocos médicos precisados para quedarse. Los esqueletos de tres batallones de Infantería. fueron unidos a una respectable fuerza de artillería y unos pocos lanceros. Permanecimos inactivos durante bastante tiempo, a excepción de unas pocas incursiones que sirvieron para divertirnos mucho. Creo que fué en Septiembre cuando Jauregui, El Pastor (6), renunció. al mando de la Provincia. Le sucedió el General O'Donnell, habiendo corrido rumores de que el nuevo jefe nos proporcionaría muy pronto serio trabajo. No nos habían informado mal, porque a principios de Septiembre recibimos orden de estar preparados para salir al romper del día siguiente.

Hay algo de excitante en verse bajo las armas a la confusa luz del alba cuando se sabe que se está a punto de emplearse en una contienda a muerte. Las oscuras masas de hombres en torno, el ruido de sus armas, su paso firme y sonoro, largos convoyes de cañones, los cohetes, las mulas de munición y las carretas de bueyes, forman una combinación de vista, sonido y emoción imposibles de experimentar salvo en el teatro de la actual guerra. Nos movimos al brotar

el día y era hermoso observar aquel convoy guerrero descendiendo por la colina de Oriamendi, que iba gradualmente perdiéndose en la niebla marina como una densa nube sobre el valle de Hernani. Toda la preciosa y exuberante campiña en torno nuestro estaba cubierta con un mar flotante en que la vista no podía penetrar sus misterios. Sobre nosotros estaba, el magnífico firmamento resplandeciendo con los más tempranos y brillantes colores- de la mañana. A lo largo del horizonte los picos de las más altas montañas se percibían llenos de un carácter vasto y grande. A una milla delante de nosotros hacia la derecha la cima fortificada de la loma peñascosa de Santa Bárbara formaba un objeto singular y chocante semejando un castillo en las nubes. Al levantarse gradualmente la neblina, el paisaje iba cubriéndose de numerosos bosques y pintorescas casas chispeando en las aguas plateadas del Urumea. La he llamado rica campiña a pesar de que poco tiempo antes constituyó el campo de batalla de dos poderosos ejércitos, siendo curioso notar el estado de gran cultivo de la tierra fecunda en vida vegetal, mientras, en triste. contraste, hay casas ruinosas presentando huellas del formidable agente que las destruyó.

Las compactas filas se deslizan tras el pequeño pueblo oscuro de Hernani. Observemos sus pintorescos uniformes: Hay soldados de dos poderosas naciones, ofreciendo fuerte contraste. La tropa Inglesa era poca en número. Un escuadrón de caballería bien montado y espléndidamente equipado y trescientos cincuenta hombres de Rifleros y Escoceses con un puñado de artillería, igual creo a cualquiera del mundo, comprendían la fuerza Inglesa auxiliar. Mencionaré también la presencia de una batería de la Artillería Real y una reserva de quinientos marinos Británicos. ¡Qué asombrosamente diferente era su apariencia física y sus trajes comparados con el de los Españoles junto a ellos! Entre los mismos Españoles había una gran variedad. El pueblo de las provincias difiere palpablemente en maneras; costumbres e indumentaria, pero aún más marcadamente en condición física. En el grupo ante nosotros vemos al veterano de experiencia y al verde recluta. Mirad a ese granadero de Zaragoza plantar firmemente su pie en el suelo, atusándose el fiero bigote que va en rizos a veces hasta las orejas. Es idéntico a uno de la invencible guardia de Napoleón y, con buenos oficiales, no envidia el coraje de aquel cuerpo célebre. He aquí un batallón de *quintos* (5) o reclutas que semejan las pinturas que tenemos de los Chinos; Proviene de las montañas de Galicia (6), pero

¡Cuán inferiores son en fuerza física, estatuta y belleza personal a los montañeses de Navarra! Muchos de ellos son muchachos de edad casi tierna y, arrancados de sus distantes hogares parecen un cuerpo melancólico—no hay nada de soldado en ellos—su nueva ropa va puesta de manera suelta y desaliñada—se bambolean bajo el peso de su fusiles—¡qué diferentes son sus caras a las de los veteranos Zaragozanos!—no se aprecia pelo en su mejilla pulida—no hay resolución en su mirada. ¿Quiénes son estos hombres mezclados con nosotros en grupos de a cinco, diez o más, que avanzan sin disciplina y cuya descuidada risa y gesto deportivo les hacen siempre ser compañeros bienvenidos? Son los más bravos de los bravos, los más fieles soldados que la Reina de España cuenta en sus filas. Su lealtad se ha demostrado en muchos campos sangrientos y sus filas, atrozmente en claro, lo recuerdan de modo nada equívoco. Aunque al principio sumaban mil doscientos a mil quinientos hombres, hoy, no son ni doscientos. ¡Qué apariencia más pintoresca y qué estudios para un artista, dignos del lápiz de un Salvador Rosa! Su boina es encarnada con enorme borla de oro o plata, colocada en la cabeza con descuidada negligencia. El semblante está lleno de inteligencia y su luminosa mirada indica un corazón audaz. El cabello es largo por delante y en algunos cayendo en lustrosos bucles sobre la espalda. Llevan una gran chaqueta gris azulada echada con descuido y gracia sobre el hombro izquierdo; sus pantalones varían con arreglo a accidente o capricho, siendo a veces de curiosos colores enrayados y en algunas ocasiones de pana oscura con ancha franja encarnada a los costados. Cuando van en batalla se remangan los pantalones hasta la rodilla, descubriendo un miembro muscular generalmente de las más esbeltas proporciones; y, para completar el retrato, sandalias hechas con paja trenzada y que van atadas alrededor del tobillo con correas de piel. Pero, ¡qué pobre resulta esta descripción con que pretendo idear a un Chapelgorrie (6)! Solo el trazado magistral y los brillantes colores de un artista pueden hacerle justicia. En sus filas hay muchachos, de catorce o quince años. Su comunidad con hombres de corazones valientes y de audaces brazos parece haberles conferido los rasgos de una precoz virilidad.

El ejército cruzó Hernani y pronto estuvo a la vista del villorrio de Urnieta, ocupado por el enemigo. Parecía determinado a defender la plaza mientras pudiera, aunque expuesto a un fuego nutrido de los cañones de la Artillería Real y de la Legión. El valle de Hernani es de unas tres millas de ancho calculándolo desde las cimas

de los montes de cada lado. La batalla rugía con gran obstinación a lo largo de la extensión total del valle, defendiendo el enemigo cada posición hasta lo último, aprovechándose de su superioridad como guerrilleros para retrasar todo lo posible el avance de nuestros batallones. Largas líneas de menudo humo azul señalaban el fuego de los combatientes. Mientras tanto la artillería se movía por el camino principal, hallándose el regimiento Escocés en servicio con la mira de proteger los cañones, por cuya causa pudimos disfrutar de una excelente vista de la acción. Los Carlistas evacuaron Urnieta cuando vieron sus dos flancos envueltos, pero no hasta entonces, a pesar de que tiros esféricos y bombas caían sobre ellos con gran rapidez. El adelanto de los Christinos (6) quedó señalado en todos lados por la aparición repentina de vastas columnas de humo alzándose de las granjas o caserías esparcidas por el valle. A su debido tiempo llegábamos a media milla de Andoain, donde el enemigo parecía dispuesto a disputar nuestro paso. Me fui a la punta de una eminencia al lado del camino y miré debajo al valle en dirección de Hernani. Por lo menos sesenta grandes y hermosas granjas ardían al mismo tiempo, subiendo inmensas nubes de humo por el aire y desplegando un manto espeso y azufrado sobre la faz de la naturaleza; se lanzaban por las ventanas las puntiagudas llamas que alumbraban las negras masas mientras el ascenso de millones de chispas indicaban de vez en cuando el derrumbe de los tejados. Tuvimos que pasar junto a varias de estas casas y fuimos casi chamuscados por el intenso calor. Nunca en mi vida había yo presenciado escena tan llena de salvaje sublimidad y belleza. El enemigo presentó obstinada resistencia antes de evacuar Andoain y varias hermosas escaramuzas entre un regimiento Español y los Chapelchuries (6) o Carlistas atrajeron la admiración de los espectadores.

No he de intentar un relato detallado de la posición que el General O'Donnel se dispuso a fortificar, siendo suficiente el decir que la línea ocupada describía casi un semicírculo. La aldea formaba el centro de la posición y se hallaba necesariamente más avanzada hacia el enemigo que los flancos. El río Oria corría a lo largo de todo el frente, siendo vadeable en muchos sitios. El flanco derecho se extendía hasta la punta de la montaña y era de gran fortaleza natural. El flanco izquierdo era el único punto asaltable en la posición, pero una fuerza hubiera tenido que avanzar por un fragoso barranco que estaba completamente dominado por un parapeto circular.

El enemigo había erigido numerosos parapetos en el lado opuesto del río, desde uno de los cuales fué muerto el General Guerra en el mes de Junio precedente cuando Espartero principió la persecución de la expedición del Infante Don Sebastián. Desde estas obras mantuvieron un fuego constante de fusilería sobre el pueblo de Andoain, dirigido principalmente a la terraza enfrente de la iglesia, donde nuestros cañones estaban emplazados. La línea era larga y se hizo poco daño. Unos imprudentes que se descarriaron en la extraviada calle que conduce al puente, cayeron víctimas de su curiosidad.

Tres o cuatro días se pasaron en crear activamente obras para la defensa de la posición, y en el quinto el enemigo lanzó guerrilleros hasta el mismo puente, acortando por lo tanto considerablemente las distancias e iniciando descargas efectivas que mataron e hirieron a varios soldados en muy poco tiempo. El teniente Elder de la Artillería recibió una bala en plena cara, que le fracturó la quijada inferior en pedazos. Su cirujano estaba ausente y le sustituyó. Habíamos apartado los trozos de hueso fracturado, detenido la sangre y aplicado vendajes a la cabeza cuando el médico de la artillería llegó para molestarte muchísimo con su conducta. Nuestro punto de discusión fué sobre dónde se hallaba la bala. Todos mis esfuerzos por descubrirla habían resultado ineficaces, y el médico amigo tuvo aún menos fortuna. Dejé la habitación muy excitado por lo ocurrido y me hallaba en la puerta de la casa cuando varios Oficiales compañeros llegaron y empezaron a reanimarme sobre mi desavenencia con el «médico» (6) de la artillería. Se sentaron sobre un muro bajo que corría frente a la Iglesia y escuchaban el relato de lo ocurrido. Estábamos detrás de la terraza en que Elder fué herido y había una ancha abertura entre dos casas por la que venían las balas levantando tierra sobre nosotros. Hallábame hablando de la herida de Elder, levantando y bajando la cabeza con energía de descripción, movimiento por el cual mi quijada se elevaba dos pulgadas sobre su altura habitual, y poniendo un dedo en mi barbilla para indicar el punto por donde había entrado la bala, mientras estas palabras acababan de dejar mis labios: «el hecho es, señores, que la bala le pegó aquí». En aquel mismo instante una bala de fusil me entró por el cuello debajo de la quijada inferior, casi rozando el dedo colocado en la barbilla. Fué terrible la sacudida al cerebro y me encorvé hacia el suelo en atormentada agonía. Mi primera impresión fué que mi opositor, el sabio doctor, me había

asesinada con un golpe de maza. Mi médico-ayudante, Mr. Bain, estaba entre el grupo de oficiales presente. Todos saltaron a sostenerme y llevarme dentro de la casa. Mi escape pareció providencial, pues si mi cabeza se hubiera encontrado en posición habitual, la bala hubiera chocado en plena quijada inferior con consecuencia de las más graves, pero el proyectil entró en mi cuello por un ángulo favorable, pasando a través la tráquea o traquearteria y alojándose superficialmente sobre la arteria carótica en el lado izquierdo. Su fuerza fué disminuida por dos o tres favorables circunstancias, tales como una gran cantidad de pelo y la elasticidad de la estructura sobre y a través la cual pasó. La bala fué extraída por Mr. Bain, y dos horas después monté en mi caballo y cabalgué hacia San Sebastián. El dolor, disminuyó gradualmente, y, afortunadamente, después de los momentos relacionados con mi cura, no sufrí más padecimientos.

El 14 de Septiembre, tres días después de mi herida, el enemigo al principiar el día abrió el fuego con cinco piezas de cañon sobre la posición O'Donnell. El cañoneo duró hasta las once de la mañana y fué favorable a los Ingleses. He dicho que la pequeña fuerza Británica ocupó el pueblo, que se hallaba en el centro de la posición, y no podía ver lo que sucedía en el flanco izquierdo, porque su vista quedaba interceptada por una colina arqueada. A eso de las once oyeron una fuerte descarga de fusilería sobre el flanco izquierdo, que duró pocos minutos hasta quedar en silencio. Un oficial galopó hacia la villa con la información de que la columna de ataque enemiga había sido rechazada del modo más valiente por un batallón Español colocado en un parapeto circular que dominaba el barranco. Desgraciadamente, O'Donnell relevó al regimiento que se había conducido tan bien y lo reemplazó con el de la «Infanta». Al poco tiempo los carlistas avanzaron otra vez por el desfiladero y, para eterna ignominia, el regimiento 5.º Español arrojó sus armas y huyó sin recibir o disparar un solo tiro. El enemigo le persiguió con gran rapidez y la primera intimación que recibieron los infelices Ingleses en su inminente peligro, fué la presencia de los Chapelchuris en su línea de retirada y la oprobiosa huída del ejército Español. Un batallón del enemigo a la izquierda, al ver el éxito de la columna de ataque, cruzó el río antes del puente y tomó posesión de una loma a cien yardas de la plaza del pueblo, que entonces se hallaba completamente descubierta. Soltaron una descarga cerrada contra la plaza y el Coronel Clarke ordenó que una compañía avanzara contra

ellos. En esta carga el Teniente Durkin, un muchacho, se distinguió por su osadía personal a la cabeza de pocos Escoceses, haciendo huir en gran confusión de la loma al enemigo. Afortunadamente el Comandante, Wood y el Capitán Delamere recibieron orden del Coronel Clarke de barrer el camino con dos compañías de Escoceses. Estos valientes oficiales mandaron a sus hombres calar la bayoneta y cargar en la ruta, obligando a los Chapelchuris a ceder a derecha e izquierda, aunque haciendo fuego cerrado. Los Escoceses que cayeron eran forzosamente abandonados a muerte cierta. Estas compañías se retiraron a lo largo de la ruta en buen orden, pero con pérdida de muchos hombres.

El Coronel Clarke galopó al frente de la posición y mandó que se retiraran a la derecha las dos compañías Escocesas que quedaban, y que ganaran las alturas. Regreso a la villa y fué visto allí por un oficial que le rogó que se retirara. Su respuesta fué: «Aquí mando yo y no abandonaré el pueblo mientras contenga un solo Inglés». Un soldado que escapó declara que vió a un lancero Carlista galopar hacia el bravo anciano y tomarle de la brida de su caballo mientras Clarke intentaba desprenderse de él, y que el villano (7) cobardemente (7) alzó su sable contra la parte carnosa del muslo para hacerle caer a tierra. Así cayó uno de los mejores y más valientes Oficiales, lamentado y respetado por todos los que le conocieron.

Los cañones estaban casi aprisionados por el enemigo. Tan pronto como el Comandante Howe supo el riesgo en que estaban, se abalanzó hacia unas casas del gran camino, donde dió con una compañía de rifleros que se retiraban en desorden. El enemigo presionaba por todos lados y los artilleros y cañones estaban en el mayor peligro. En este crítico momento el Comandante Howe grito a los Rifleros: «Soldados, no permitiréis que vuestros cañones sean tomados, pues, jamás os abandonaron». La alocución produjo el efecto deseado; los hombres daban vivas y se volvieron al enemigo arrojando un fuego destructor que detuvo su avance durante algún tiempo. Howe aprovechó ese breve período y los cañones cruzaron la pendiente calle del lugar, materialmente al galope entre varias cuadrillas desparramadas del enemigo. Se salvaron todos, pero un convoy de cohetes cayó en manos de los victoriosos, así como 189 coheteras. Durante la retirada Howe iba haciendo disparar un mortero de a seis sobre el enemigo perseguidor. En dos ocasiones hubiera sido capturado a no ser por valientes cargas de un destacamento de

lanceros Ingleses bajo el mando de los atrevidos oficiales Barón Stutterheim y Capitán Hograve.

Desapareció toda la tercera compañía de rifleros al mando del Capitán Courtenay y dos subalternos, salvo cinco soldados. Esta compañía fué colocada al principio de la acción en la avanzada del pueblo para aguantar el fuego de los parapetos enemigos que iba dirigido contra los cañones de la Legión. Debo dejar aquí constancia de que la artillería Carlista fué puesta en práctica de la manera más hermosa, siendo calculados del mejor modo los disparos hechos contra las partes de la ciudad en que más se molestaba a nuestra fuerza; pero fueron sobrepasados en precisión y rapidez por la más brillante práctica de los cañones de Howe, que en fuego bien dirigido enmudecieron al total de sus baterías y desmontaron su principal cañón, un mortero de a 24. Sea recordado que nuestro mortero de a seis contendía con cañones de cuatro veces su calibre.

Reasumiendo nuestra descripción de la retirada. El objeto de los que intentaban escapar era ganar las cimas de las montañas a la derecha y retirarse a Santa Bárbara o Hernani. El Coronel Wilson me dijo que la mayor parte de los fugitivos podían haber conseguido su objeto si hubieran marchado deliberadamente, pero que pocos conservaron su presencia de ánimo y el cálculo necesario en tan espantosos momentos. Mi Médico-Ayudante, Mr. Bain, era uno de esos hombres que nunca perdió su presencia de ánimo bajo circunstancias de peligro. Fué uno de los últimos en abandonar el pueblo y, como hombre activo que era, rápidamente pudo alcanzar la retaguardia de un batallón Español cuyos soldados iban por una profunda angostura como un rebaño de ovejas. En aquel camino angosto estaban a salvo de tiroteo persecutor, y Bain discurría que subiendo por los escarpados terraplenes y corriendo unas cien yardas a lo largo de ellos, podría volver a caer nuevamente en la ruta angosta colocando de ese modo un par de cientos de soldados detrás de sí. Se arrojó a la aventura y corriendo como un ciervo mientras las balas levantaban la tierra alrededor suyo, maniobra que repitió dos o tres veces, consiguió llevar cuatrocientos o quinientos hombres, intentando alcanzar el camino real en espera de que nuestra osada y eficaz caballería apareciera a la carga, razón por la cual se mantuvo a media distancia entre la montaña y la carretera. Muchas veces se sintió tan exhausto que casi se derrumbó al suelo. A unas dos millas de Andoain se encontró con el desdichado General O'Donnell, el hombre que al rayar el día mandaba siete mil hombres y que iba

ahora fugitivo a pie, sin sombrero ni espada. Había sido dos veces copado por el enemigo y ambas consiguió sacudírselo. Iba intentando subir por un escarpado lodazal para alcanzar la cumbre de la montaña, cuando rogó a un soldado Español que consiguió vencer la ascensión, que le ayudara dándole su mano. El soldado continuó fríamente su huída sin hacer el menor caso a la súplica de su general, No necesitaría decir que Mr. Bain y un soldado Escocés ofrecieron inmediatamente sus servicios y que, presentando sus espaldas al General, le subieron al terraplén. Bain continuó su fuga y pronto tuvo el inmenso placer de presenciar al 1.º de Lanceros cargando en la carretera, maniobra en que el valiente Comandante M'Kellar recibió su herida de muerte por medio de una bala que le atravesó el corazón. Cayó de su caballo exclamando «¡Dios mío»!, siendo su muerte casi instantánea. Varios Lanceros se desmontaron para tomar su espada y fajín, pero fueron obligados a retirarse apresuradamente. El joven Teniente Cotter, que cabalgaba a su lado vió caer muerto su caballo al mismo tiempo que caía M'Kellar. Cotter con gran frialdad saltó sobre la silla vacante de su amigo y siguió galopando con los Lanceros.

El Capitán Forbes, el ayudante de los Rifleros, fué visto en la aldea sobre un caballo poderoso. «¡Por Dios, retírese Forbes», —le dijo un oficial que pasó a su lado—, «va V. bien montado y puede escapar». La contestación de Forbes fué completamente del carácter de un Romano: «El Coronel Clarke no ha abandonado aun el pueblo. Es un oficial Británico ejerciendo mando, y no se dirá jamás que yo le he desertado». Se desconoce el modo en que murió Forbes.

Los hermanos Comandante y Capitán Shields cayeron en la aldea. El Capitán Larkham fué visto en duelo a espada con un oficial Carlista. La lucha era seria y los combatientes aparentemente bien equilibrados, pero la pelea terminó con un balazo que entró en la cabeza de Larkham.

Paso sobre los tristes horrores de esa fuga. Baste decir que muchos oficiales y soldados se desplomaron a tierra en un estado de completo agotamiento físico, y que, con el poder de la imaginación en plena actividad, esperaban a que los sabuesos ventores llegaran a despacharles. Así murieron muchos de los Rifleros y Escoceses. La imaginación se abate ante el cuadro de los amargos momentos de agonía padecidos por tantos jóvenes valientes hasta que sus asesinos llegaran. El recuerdo de sus hogares que no verían más, de los parientes y amigos cuyas manos no apretarían ya nunca,

los pensamientos más tiernos del marido o del amante, todo concentrado en el breve período de pocos minutos, debió ser más agudo y penetrante que las bayonetas que dieron término a sus existencias.

Los oficiales de los Escoceses que cayeron fueron: el Coronel Clarke, Comandante y Capitán Shields, Capitanes Larkham, Dalrymple y Carnaby. De los Rifleros, los Capitanes Courtney y Forbes, Tenientes Townsend, Haslam, O'Brien y Simms. El Comandante M'Kellar murió en batalla abierta. Los despojos obtenidos por el enemigo consistieron en 100.000 rondas de cartuchos de bala, 3.000 pares de zapatos, 150 tiendas Británicas, 199 cohetas, provisiones de tres días para 10.000 hombres, con por lo menos 1.500 estantes de armas arrojados por los Españoles. Muchos oficiales y soldados Cristinos arrojaron sus fusiles desembarazándose de todo aquello que pudiera retrasar su fuga, y hubieran sido aniquilados a no ser por las cargas realizadas por el 1.º de Lanceros.

Ningún acontecimiento de la guerra fué tan desastroso como éste que abrumó a los supervivientes con dolor y consternación. Por mi parte, puedo declarar que durante semanas mi almohada tuvo la obsesión de horribles sueños de muertes inflingidas en todas sus variadas formas terroríficas. El enemigo parecía haber seleccionado los muchachos más lindos que teníamos en nuestras filas. ¡Qué fortuna representó la herida que recibí tres días antes!

SAN SEBASTIAN

En todos los países montañosos la perspectiva divisada desde una altura participará necesariamente de las características en cierto modo desagradables de una vista a ojo de pájaro. Esto, no obstante, tiene sus ventajas, ya que más objetos de interés pueden ser representados en una pintura que los que pudieran mostrarse en un plano perfectamente nivelado. Los artistas nunca seleccionan puntos de vista elevados, que son opuestos a una perfecta composición. Los croquis contenidos en esta obra han sido tomados generalmente bajo esta desventaja, constituyendo, con pocas excepciones, intentos hechos para representar paisajes de gran extensión, y son realmente de carácter topográfico. Las únicas excepciones son las vistas de Fuenterrabía, Rentería y la posición de Lord John Hay en Pasajes. El dibujo de San Sebastián fué llevado a cabo desde la colina detrás del Convento de San Francisco, lugar

favorable para la concentración de todos los puntos de interés en la vecindad de esa memorable fortaleza (4).

Los montes distantes, vistos a través la estrecha abertura de la Bahía y que se extienden hacia el occidente lejano, se conocen bajo el nombre de Cabo Machacico (6) (13). La bahía es de singular belleza y regularidad; su entrada es angosta y a media distancia entre la Colina del Castillo y la base de «Monte Frío» (6) (14), se alza la isla de Santa Clara. El faro en ruinas estuvo en poder de los Carlistas durante mucho tiempo después de la batalla del 5 de Mayo. Desde su cima podían percibir todos los movimientos de nuestro ejército y la llegada y salida de navíos con tropas. Desde que el General juzgó prudente tomar posesión del faro, se le fortificó fuertemente bajo la dirección del Coronel Colquhoun de la Real Artillería. Ahora es una formidable posición que posee un cañón en lo alto y un mortero de a diez y ocho en el recinto amurado. El convento en ruinas del Antiguo (15) se levanta sobre un punto de tierra peñascosa que se interna en las aguas de la bahía. Su situación al borde de una extensa marisma (15) debe hacer que sus sacerdotales moradores se hallen sujetos a calenturas y fiebres intermitentes. Este error en la elección de localidad se encuentra raramente en los conventos de España, porque los monjes parecen haber sido dotados de gusto refinado y juicio infalible en la selección de los más saludables y elegibles sitios para sus magníficas residencias.

En San Sebastián he presenciado puestas de sol de la más exquisita belleza. Muchas veces cuando la puesta de sol lanzaba sus rayos de despedida a las sempiternas cumbres de las montañas y a las aguas de la bahía en calma, cuando la superficie total del cielo y tierra se teñía con los colores de una tez rosácea, languidecía yo contemplando aquel hermoso paisaje y, bajo las benditas influencias y santas inspiraciones de la Naturaleza, sentía dulcificarse mi corazón casi hasta la debilidad del de una mujer. Y entonces acudía un suave crepúsculo gris extendiendo gradualmente sus anchas sombras, oscureciendo los pequeños detalles, invistiendo todos los objetos de un sentimiento intenso de poesía y excitando la imaginación a penetrar en los abismos purpúreos. El Convento de An-

(13) Machichaco (N. del T.).

(14) Se refiere a «Mendizorrotz», que significa «monte agudo»; y no «monte frío», que se diría «mendi otz» en todo caso (N. del T.).

(15) Ocupaba el emplazamiento actual del Palacio de Miramar. (N. del T.).

tigua (6) no se ve nunca tan ventajosamente como en un momento parecido al que he descrito. Su larga fila de muros ruinosos y torres altivas yacía entonces en profunda sombra extensa que se reflejaba en las aguas chispeantes de la bahía, mientras se veía a través sus numerosos ventanos languidecer el postrer reguero de luz áurea, que aún alumbraba los lugares soleados de las montañas que se yerguen detrás.

El castillo está encaramado en la punta de la roca, cubierto por fuertes líneas de defensa y mirando ceñudo entre sus numerosas baterías, en tanto que cómodamente sentada a sus pies se halla la limpia y pintoresca ciudad. Puede verse por el dibujo que el peñón está casi rodeado de mar. En su aspecto norteño, se ve expuesto al choque de las espumosas olas del Atlántico; en su cercanía oriental, el rápido río Urumea lava los cimientos de sus fortificaciones; y, al lado opuesto, las aguas de la amable pequeña bahía casi contribuyen a formar península. El gran punto de interés de esta vista de San Sebastián es que representa la parte de las fortificaciones batidas en brecha por los Británicos en 1813 bajo el mando de Sir Thomas Graham. El principio de la larga línea de casas blancas tras las murallas, señala la brecha y el punto de asalto (4). Se verá enseguida que el río forma una excelente defensa natural a este lado de la villa. La corriente tiene gran rapidez y hace extremadamente peligrosa toda tentativa para vadearlo. A través este río tenían que pasar las columnas de ataque y no es extraño que muchos cientos de heridos fueran barridos mar afuera, hallándose como estuvieron tan expuestos a un mortífero fuego de artillería y fusilería. Es sabido que cuando la columna de ataque alcanzó el pie de la brecha, la encontraron impracticable, viéndose obligados a arrojar al suelo mientras todo el fuego de las baterías Británicas pasaba a pocos pies de sus cabezas. Me han dicho que apenas alguno de nuestros compatriotas fué tocado por este fuego, notable muestra de la sangre fría y precisión de la fuerza por la cual iba dirigido. La conducta de los Portugueses en esa ocasión fué tan notable como para obtener especial citación del General en Jefe. Participaron completamente de los peligros y honores de los victoriosos.

El puente a través el Urumea había sido destruido por los Carlistas algún tiempo antes de la brillante y sanguinaria victoria del General Evans en 5 de Mayo. La consecuencia inmediata de ese importante triunfo fué la salvación de San Sebastián de un completo asedio. El 28 del mismo mes la Legión atravesó el río y avanzó hacia

Pasajes. Un batallón de Chapelchuris o Carlistas disputó algún tiempo el paso, atrincherado y sufriendo uno de los más nutridos fuegos de bala y bomba que he presenciado. Además de los cañones de la Legión, Real Artillería y de la fortaleza, varios barcos de guerra y cañoneras anclaron tan cerca como posible en la embocadura del Urumea para descargar un fuego que arrasó los parapetos enemigos. Jamás hubo allí un espectáculo más imponente que este paso del Urumea, que tuvo la ventaja de llevarse a cabo casi sin sangre. El objeto de tan grande cañonada era desalojar al enemigo de su posición sin pérdida de ningún soldado Británico. No ocurrió accidente alguno a los batallones al vadear el río, aunque la corriente llevaba gran velocidad. Los marinos Británicos se pusieron a construir un puente de barcas y era divertido notar cómo los buenos ciudadanos de San Sebastián abrían los ojos ante la actividad y osadía que desplegaban esos muchachos. Algún tiempo después se construyó un buen puente de madera y un fuerte «tête du pont» o cabeza de puente erigido en el lado de Pasajes.

El arenal que se halla en primer plano en el dibujo, era hace dos años unas largas avenidas de hermosos árboles, bajo cuya fresca sombra las hijas de San Sebastián de brillantes y fascinadores ojos iban a pasear durante los calores del estío. No queda un sólo árbol, pues cayeron bajo el hacha para proveer de leña al ejército. El glacis o fortificación es ahora el paseo favorito, y en Domingos y días de fiesta presenta verdaderamente un espectáculo animado. La mezcla de los alegres uniformes de los oficiales Españoles e Ingleses con las pintorescas y graciosas mantillas de las señoras, los grupos de niños vestidos con los más brillantes colores y atendidos por nodrizas de largo cabello trenzado cayendo sobre las espaldas, el ciudadano de eterno reloj y el muletero, se ven confundidos en el más cercano contacto. La presencia ocasional de una excelente banda militar da animación a la escena. En toda (7) ciudad considerable de España hay dos funcionarios públicos pagados a salario fijo para amenizar la «Plaza» (6) en toda oportunidad de diversión con una especie de imperfecto flageolet o flauta delgada, que se toca con la mano izquierda, y un pequeño tambor que funciona con la derecha; es decir que lo supongo como lo que llamamos gaita y tabor (7). Hay ciertos días y horas en el año, como los Domingos y días festivos, en que estos hombres están obligados a atender a las diversiones del populacho. Sus servicios son requeridos cuando llegan noticias de alguna gran victoria. Su traje es de clase ordinaria, y es singular

verles andar arriba y abajo en la plaza o paseo, seguidos de una muchedumbre de niñas, niños y jóvenes, que evidencian su afición a la costumbre y encanto de la música bailando a lo largo detrás de los ejecutantes. A veces se detienen y se oye el alegre e inspirado compás del fandango o bolero (7). Al instante numerosos grupos de cuatro u ocho se forman en torno de ellos; muchachas y soldados en uno, nodrizas y niños en otro, y todos balanceándose en la notable danza nacional de su país. Los niños empiezan a bailar tan pronto como pueden sostenerse sobre sus piernas, y he visto uno de dos años de edad continuar el ejercicio con el mayor placer aparente y sin fatiga durante un sorprendente período de tiempo. Muchachas con niños en sus brazos han solido soltarlos al aire a compás, y es un hecho que las criaturas comienzan a castañetear con sus deditos, según costumbre de los bailarines, tan pronto como obtienen el poder de moción e imitación voluntarias. así es que puede decirse que un Español empieza a bailar el fandango en los brazos de su nodriza.

La amabilidad y atención de muchas de las familias de San Sebastián para los oficiales Británicos acuartelados entre ellas, es digno de ser recordada. El Autor tuvo la buena fortuna de ser alojado en casa de Don Manuel Alcain, y recibió de sus excelentes hermanas durante un año tanta atención como si hubiera sido un miembro de su propia familia. Casos de conducta opuesta eran en verdad frecuentes, pero en lo que yo pude descubrir dependían casi siempre de la mala y anticaballerisca conducta de los que se quejaban. Hombres que tenían la costumbre de volver tarde a casa por la noche o por la mañana, o que frecuentaban numerosas y ruidosas juergas de bebidas en sus cuartos, no podían razonablemente esperar ser tratados con consideración.

Muchos de los más ricos habitantes se retiraron a Francia para aguardar la terminación de la guerra civil; de modo que un extranjero que visitara San Sebastián en este tiempo no podía formar noción exacta del estado de la sociedad en lo que se refiere a cultivo intelectual. Tuve el honor de ser admitido a las tertulias (6) semanales de la principal familia que quedó en la ciudad, y formé mis conclusiones imperfectas con las observaciones que allí hice. Doce o trece señoras jóvenes acostumbraban a asistir, y eran bastante bonitas, pero es cierto que parecían carecer de los cumplidos usuales a los del mismo rango de la sociedad en este país. La señora joven de la casa era una excepción a esta nota, siendo como aficionada

una de las más brillante; ejecutantes de piano que yo recuerdo haber escuchado. Una señora casada, que acudía con regularidad a la tertulia, era muy buena cantora y ejecutaba también el piano con gusto superior. Era un festín verla en el instrumento; sus dedos parecían estar todos unidos, tan hermoso era su manejo ondeado. Estas dos señoras parecían ser las dos únicas ejecutantes de la reunión. Ibamos a la casa a eso de las nueve, siendo recibidos por la patrona (6) con un grado de gracia nativa raramente visto en nuestro propio país. La compañía se reunía regularmente hacia las nueve y cuarto, cuando empezaba el baile, que se mantenía con gran espíritu hasta las once. No se ofrecía refresco alguno, y los visitantes Ingleses tenían que correr al café para satisfacer sus deseos de hambre y sed, mientras los Españoles se retiraban a una cena sana en sus propios hogares. Esta manera de pasar la noche empezó a ser monótona y estúpida. Me he divertido más asistiendo a reuniones entre gente de un grado inferior en la sociedad. El fandango está excluido de los círculos de moda y puede tan sólo ser presenciado al aire libre o en las casas del pueblo de un rango inferior de vida.

Antes del principio de la guerra civil, San Sebastián era favorita estación balnearia y había sido visitada por la realeza. Las casas de las alturas de Ayete y alrededor del margen de la bahía, eran excelentes y sólidas edificaciones dispuestas con hermosos jardines y terrazas, estando las laderas cubiertas de muchos huertos. En ninguna parte se ve tan chocante cuadro de los horrores de la guerra civil como en su inmediata vecindad. Todas las casas están destruídas; en su mayor parte, las paredes se han derrumbado hasta los cimientos. La campiña se ha convertido en un desierto: los bosques y huertas están arrasados, y los tres majestuosos conventos de San Francisco, San Bartolomé y Antiguo acompañan a la ruina común.

SITIO DE ENTERRAMIENTO DE OFICIALES BRITANICOS EN LA COLINA DEL CASTILLO DE SAN SEBASTIAN

Subiendo de la Ciudad al Castillo de San Sebastián, pasando un faro provisional y volviendo bruscamente por un ángulo de roca donde el sendero zigzaguea por el declive pendiente, nos quedamos asombrados ante la bravía y salvaje grandeza de la escena. Numerosos fragmentos gigantescos de peñas yacen en la falda del monte en medio de una vegetación lozana y exuberante; y en lo alto, encajada como un nido de águila en la cumbre de una prominencia

maciza, asoma ceñuda la fuerte ciudadela de San Sebastián. En medio de este imponente paisaje, que parece haber sido causado por alguna convulsión terrible de la naturaleza, en un pequeño y abrigado rincón, hoy tierra sagrada, inmediatamente debajo de la prominencia escarpada y colgante sobre la cual se yergue el Castillo, se observan varios montones de tierra, que denotan el punto en que descansan los restos de muchos bravos Oficiales de la Legión Británica. Unas sencillas cruces de madera, señaladas con las iniciales de los que cayeron, han sido erigidas; pero aún estos memoriales transitorios han decaído a poco de haberse marchado sus camaradas, y pronto los únicos recuerdos que permanezcan serán el 'alto césped con que los amigos de los muertos les han cubierto. A unos pasos más el espectador llegado al lugar en que se trazó el presente dibujo (4). La costa atrevida y montañosa se extiende hacia el «Cabodi de Machicico» (6) y abraza la rocosa península sobre la que se alza el Castillo de Geutaria (6).

La tumba cuadrada en primer plano fué erigida a la memoria de Mrs. Callender, la llorada señora del Inspector General de Hospitales. Las tumbas detrás de aquélla son las de los bravos primos Coronel Tupper y Coronel Olivier de Lancey. Lo siguiente se halla inscrito en inglés sobre la tumba del Coronel De Lancey: «Consagrado a la memoria del Coronel Olivier De Lancey, Caballero de San Fernando, que cayó en el momento de la victoria sobre las alturas de Hernani, 15 Marzo, 1837». El Coronel Tupper fué sepultado en el lugar donde cayó; pero algunos meses después sus restos fueron trasladados al lado de los de su primo. Su sepultura estaba sin terminar cuando se hizo el dibujo.

La tumba rodeada con verja de hierro y ligeramente elevada, se alzó, como lo indica la inscripción, a la memoria del General Guerrea, Español valiente y patriota, por su viuda e hijos y por su amigo el General Evans: «Al Mariscal de Campo Manuel de Guerrea, muerto en los campos de Andoain el 29 de Mayo, 1837. Su esposa, sus hijos, su amigo el Teniente General de Lacy Evans».

Un camino peñascoso y sinuoso conduce al Castillo, y, antes de la batalla del 5 de Mayo, se veían catorce grandes cruces de madera al costado de la escarpada subida. Las llamaban «Estaciones de Cristo» y eran símbolos de una leyenda de la Iglesia Católica Romana respecto al paso de la Cruz al Monte Calvario. Unos metros más lejos hay una placa de mármol con la siguiente inscripción: «Estando en la plaza de San Sebastián los reyes amados Fernando VII

y su augusta esposa Josefa Amalia, fué restablecida esta vía crucis por disposición del Exmo. Señ. Capit. Gen. D. Blas de Fournas, y con la limosna de los devotos. Presidió el acto el Imo. Señor Obispo de Ciudad Rodrigo, confesor de la reina, día 10 de Junio de 1828».

Ante esta placa, tres cruces de madera, símbolos de la Crucifixión. Cuando los Chapelgorris ocuparon militarmente el Castillo, arrancaron las «Estaciones de Cristo» para hacer fuego. Frente a esta placa se erigió un sencillo monumento a la memoria del Teniente Courtenay Chadwicke, joven oficial hermoso y bravo, con esta tierna inscripción en inglés: «Consagrado a la memoria del pobre Court, que cayó bajo sus colores en la batalla de Ayetta (6), 5 de Mayo, 1836. Belleza y amistad le lloran sinceramente».

«MARTIN DE ANGUIOZAR» traduxit.